

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Literatura Latinoamericana

La transformación del Yo

Identidad nómada y movilidad en las novelas *Complejo y Taco bajo*

Álvaro Fernando Chillogallo Aguilar

Tutor: Santiago Andrés Cevallos González

Quito, 2024

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra No comercial Sin obras derivadas	
---	---	---

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Álvaro Fernando Chillogallo Aguilar, autor del trabajo intitulado “La transformación del Yo: Identidad nómada y movilidad en las novelas *Complejo y Taco bajo*”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Maestría de Investigación en Literatura, Mención en Literatura Latinoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de octubre de 2024

Firma: _____

Resumen

Este trabajo ofrece un análisis de las novelas *Complejo* (2017) y *Taco bajo* (2019) de Santiago Vizcaíno, enfocándose en el proceso de degradación emocional y ética del protagonista, Willy, a través de sus viajes. A lo largo de ambas obras, Vizcaíno deconstruye el concepto tradicional del viaje como medio de crecimiento personal, presentando, en cambio, a un personaje que, en lugar de evolucionar, se sumerge en una espiral de violencia, alienación y “pérdida de identidad”. El estudio examina los puntos de inflexión claves en la vida de Willy, como la violación en *Complejo* y la muerte de su padre en *Taco bajo*, y la manera en que estos actos lo empujan hacia una existencia marcada por la desconexión emocional y el rechazo de sus raíces. Además, se explora la representación del migrante latinoamericano en el contexto de la globalización contemporánea, con énfasis en las tensiones entre la búsqueda de nuevas oportunidades y la sensación de desarraigo. A través de este análisis, se concluye que Vizcaíno presenta una visión crítica de la migración y la crisis de identidad en la literatura latinoamericana actual.

Palabras clave: migración, identidad, desarraigo, transformación, viaje

A Elizabeth, mi hermana;
Mariana, mi madre;
Fernando, mi padre.

Agradecimientos

Agradezco a mi tutor Santiago Cevallos González por la paciencia, comprensión y consejos a lo largo de este proceso de investigación. Gracias infinitas a su persona y la UASB.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo primero: Horizontes fugaces: Willy y su perpetuo viaje sin destino	20
1. Una travesía entre el deseo y el miedo	22
2. La bicicleta imposible: viaje a Toulouse	26
3. El desarraigo de Willy: la evasión entre vínculos y raíces	27
4. La evasión de Willy entre Málaga y Dinamarca.....	28
5. Los otros, un espejo que Willy no quiere mirar.....	37
Capítulo segundo: El viaje de degradación de Willy	48
1. Raíces arrancadas: La búsqueda perdida de Willy	48
2. El peso de la herencia: Willy y la sombra del pasado	56
3. De Quito a la Calle Quito	58
4. El circuito de la violencia: Willy y el mundo criminal.....	61
5. La transformación de Willy en un delincuente	62
6. Los viajes de Willy como alegoría de su caída.....	65
7. De la destrucción a la redención: El viaje interior de Willy	67
Conclusiones.....	72
Obras citadas.....	76

Introducción

Las obras de Santiago Vizcaíno, *Complejo* (2017) y *Taco bajo* (2019) se presentan como dos piezas clave de la narrativa contemporánea ecuatoriana, centradas en los temas de la migración, la identidad y el desarraigo. Ambas novelas, aunque independientes, comparten un mismo protagonista, Willy, cuya travesía por Europa y su eventual regreso a Ecuador encapsulan una visión oscura y crítica del proceso migratorio y de la búsqueda de identidad que enfrentan muchos latinoamericanos en el siglo XXI. Este análisis explora los puntos de inflexión en la vida de Willy, las formas en que su viaje físico refleja su deterioro emocional y ético, y cómo el autor utiliza el desplazamiento como una metáfora de la alienación contemporánea.

El viaje, como concepto central en la literatura, ha sido tradicionalmente asociado con la idea del autodescubrimiento, la redención o el crecimiento personal. Sin embargo, en las novelas de Vizcaíno, el viaje es el vehículo que lleva al protagonista, no hacia la redención, sino hacia su progresiva degradación. Willy es un personaje que huye constantemente, no solo de los lugares, sino también de las personas y de sí mismo. En lugar de encontrar respuestas o un sentido de pertenencia, cada desplazamiento lo aleja más de cualquier noción de identidad o ética. Este constante ir y venir entre países y ciudades representa su lucha interna y externa: una lucha por escapar de sus raíces ecuatorianas y de las consecuencias de sus acciones, pero también una lucha por encontrar algún sentido de estabilidad en un mundo que, para él, se vuelve cada vez más fragmentado y violento.

En *Complejo*, la primera novela, Willy parte a Europa con la aparente intención de buscar mejores oportunidades, siguiendo un patrón migratorio que muchos latinoamericanos han experimentado. Pese a esto, a lo largo de la novela, se evidencia que este viaje no es tanto una búsqueda de progreso sino una huida de su propio pasado, y de las expectativas familiares y sociales que recaen sobre él. La narrativa se desarrolla con un tono ambiguo y fragmentado, lo que refleja el estado emocional del protagonista y narrador: un hombre que se sumerge en el mundo de la ilegalidad y la violencia como una forma de rechazar cualquier tipo de responsabilidad. El punto culminante de su descenso ocurre cuando comete una violación contra una joven danesa, un acto que no solo es condenable en términos legales, sino que también simboliza su completa

desconexión con cualquier noción de ética o culpa. Este evento marca un punto de no retorno en la vida de Willy y lo empuja hacia una espiral de huida y degradación.

En *Taco bajo*, Vizcaíno nos presenta a un Willy aún más desarraigado y emocionalmente fragmentado. De vuelta en Ecuador, tras haber sido deportado de Europa, el protagonista se enfrenta a la muerte de su padre, un evento que rompe definitivamente los lazos que le quedaban con su pasado y su lugar de origen. La figura paterna, aunque rechazada por Willy, representaba una conexión con su historia familiar y cultural, y su muerte lo deja emocionalmente huérfano. Este vacío existencial es amplificado por su implicación como cómplice en un doble asesinato, lo que sella su destino como un hombre sumido en la ilegalidad y la violencia. En este sentido, *Taco bajo* ofrece una continuación del proceso de degradación iniciado en *Complejo*, pero con un enfoque más introspectivo sobre las consecuencias del desarraigo y la alienación.

La construcción de Willy como personaje puede entenderse desde una perspectiva más amplia que involucra no solo su historia personal, sino también la historia de muchos migrantes latinoamericanos que, al partir al extranjero en busca de nuevas oportunidades, enfrentan profundas crisis de identidad y pertenencia. En el caso de Willy, su rechazo a sus raíces ecuatorianas es una constante en ambas novelas. Desde el inicio de su travesía por Europa, Willy manifiesta su deseo de distanciarse de cualquier cosa que lo conecte con su país de origen. Este rechazo no es simplemente una negación cultural; es también una forma de negar su propio sentido de pertenencia y su historia personal. A lo largo de su viaje, Willy intenta reinventarse en un contexto extranjero, pero en lugar de encontrar una nueva identidad, lo que experimenta es una profunda sensación de vacío y desconexión lo que lo lleva a buscar lugares y personas que le recuerden a su lugar de origen.

La alienación que experimenta Willy no es solo una consecuencia de su migración física, sino también de su incapacidad para establecer relaciones significativas con los demás. En ambas novelas, Vizcaíno presenta una serie de personajes migrantes que, al igual que Willy, están en un proceso de búsqueda y pérdida de identidad. La interacción de Willy con estos personajes, mujeres como Celia, la nicaragüense, y Nadia, la argentina, sirve para resaltar su desconexión emocional y su creciente aislamiento. Mientras observa a los demás, Willy reconoce en ellos una transformación que él mismo teme: la pérdida de las raíces, la adopción de nuevos modismos y comportamientos que, en lugar de fortalecer la identidad, parecen desdibujarla aún más. En su intento por evitar ese destino,

Willy termina cayendo en una espiral de autodestrucción, incapaz de formar conexiones auténticas y encerrado en su propia alienación.

A partir de estas interacciones y los desplazamientos de Willy, se puede establecer un análisis más profundo de la relación entre la migración, la identidad y la alienación en la literatura latinoamericana contemporánea. En este contexto, la experiencia migratoria ya no es simplemente un movimiento físico de un lugar a otro, sino una experiencia emocional y psicológica que pone en movimiento la identidad del individuo. La obra de Vizcaíno ofrece una crítica mordaz sobre cómo la globalización y la movilidad contemporánea no siempre resultan en un fortalecimiento de la identidad, sino que, en muchos casos, llevan a la pérdida de sentido y a la alienación.

Por lo tanto, este análisis de *Complejo* y *Taco bajo* no solo se centrará en los eventos de la trama, sino también en la exploración de temas como la migración, el desarraigo, la violencia y la fragmentación de la identidad. A través de la figura de Willy, Vizcaíno nos ofrece una reflexión sobre los desafíos que enfrentan los migrantes contemporáneos, tanto en su búsqueda de un nuevo hogar como en su lucha por mantener una conexión con su pasado. De esta manera, el análisis de las dos novelas no solo ilumina el viaje individual del protagonista, sino que también permite una discusión más amplia sobre las implicaciones de la migración en el contexto global actual

A diferencia de las narrativas convencionales de formación, en las que el protagonista emprende un viaje de autodescubrimiento y crecimiento personal, Willy atraviesa un proceso de deformación y degradación. En lugar de encontrar respuestas o redención, cada viaje que emprende lo hunde más en su propia confusión ética y emocional.

Ahora bien, pensar en los motivos para viajar nos abre a una inmensidad de posibilidades. No obstante, es crucial dirigir estas ideas hacia los anhelos concretos de los viajeros. Primero partamos de la idea de los sueños, es decir, “soñar con un destino es obedecer al mandato que, en nosotros, expresa una voz extranjera” (Onfray 2016, 43). Esta afirmación sugiere la necesidad de tener una visión clara de hacia dónde queremos dirigirnos en la vida, un sentido de propósito y dirección. Implica que hay una fuerza interna, un llamado, que nos guía hacia nuestro destino. Es decir, “deseamos el movimiento, buscamos la novedad del afecto, denigramos lo que nos parece demasiado fijo” (Maffesoli 1997, 80). En otras palabras, el ser humano está constantemente ansioso por el cambio y la exploración. Este impulso hacia el movimiento surge de una curiosidad inherente. Por ejemplo, desde la infancia se tiene curiosidad por descubrir lo que hay al

otro lado de las montañas, creyendo que estas son las fronteras entre países. Es decir, el deseo por alcanzar la cima y mirar nuevos horizontes refleja la avidez por lo desconocido. Estos anhelos están motivados por una sensación de monotonía y que la vida en sí misma puede parecer estática y limitada.

A medida que el viaje se desarrolla y el movimiento comienza, el viajero también se transforma. Inicia su travesía con la convicción de que lo conocido puede ser ampliado, cuestionado y, por ende, reconfigurado. Por eso, “todo viaje es la negación de la visión precedente del mundo, de su geografía física y humana, y una redefinición y reorganización del universo conocido” (Comellas 2014, 69). En otras palabras, todo lo que el viajero creía saber sobre el mundo se ve cuestionado y puesto a prueba durante su aventura. Se lanza a la exploración con la determinación de examinar y desafiar sus conceptos preconcebidos sobre la naturaleza y la realidad. Es importante reconocer que incluso antes de partir físicamente, el viajero ya ha emprendido un viaje en su mente: “Sobre un mapa se efectúa nuestro primer viaje, el más mágico, ciertamente, el más misterioso, seguramente. Pues evolucionamos en una poética generalizada de nombres, de trazos, de volúmenes dibujados, de colores” (Onfray 2016, 17). Con la visión que obtiene a partir de estas exploraciones cartográficas, el viajero sale en busca de la verdad y la experiencia directa.

Para comprender la transformación del personaje de manera más concreta, es crucial identificar cuál es su zona de confort. En este lugar se han moldeado todos sus ideales y concepciones del mundo, que solo se pueden cuestionar al enfrentarse a un entorno diferente. De tal manera que “durante el primer estadio de este recorrido o viaje histórico que ahora iniciamos, el Yo sale de la infancia y del núcleo familiar en el que había modelado su identidad dentro de unas reglas muy precisas y en un entorno de pequeñas leyes indiscutibles” (Comellas 2014, 69). Al abandonar este espacio familiar, el personaje amplía su percepción del mundo. Si bien dentro de este núcleo familiar ha sido educado en las reglas que rigen el mundo, no es hasta que se enfrenta a este viaje que descubre nuevas normas y comienza a formar parte de ellas.

La transformación está íntimamente ligada a la identidad, ya que cada viaje, ya sea literal o figurado, la reconfigura. Al aceptar este cambio y desafiar las creencias limitantes, buscamos apoyo para embarcarnos en un viaje de autodescubrimiento, creando así un sentido de identidad alineado con nuestro yo en constante evolución. En otras palabras, “todo viaje es iniciático; de modo parecido, una iniciación no deja de ser un viaje. Antes, durante y después se descubren verdades esenciales que estructuran la

identidad” (Onfray 2016, 51). Este poder transformador de los viajes, ya sean físicos o metafóricos, nos lleva a una búsqueda de autodescubrimiento. A través de estas experiencias, exploramos verdades esenciales que dan forma a nuestras identidades y nos orientan hacia una existencia más plena. Tanto si recorremos paisajes físicos como si exploramos las profundidades de nuestra conciencia, los viajes y las iniciaciones ofrecen oportunidades para el crecimiento personal y una comprensión más profunda de nuestro lugar en el mundo. En este marco, la pregunta que guía esta investigación es: ¿cómo la forma en la que los viajes de Willy en las novelas de Santiago Vizcaíno, *Complejo* y *Taco bajo*, cuestionan y reconfiguran su identidad mediante una serie de desplazamientos físicos convirtiéndolo en un nómada, cuyas constantes travesías influyen en su percepción del mundo? Para abordar esta problemática, se plantea el siguiente objetivo general: analizar cómo los viajes de Willy, presentados en las novelas de Santiago Vizcaíno, cuestionan y reconfiguran su identidad, convirtiéndolo en un nómada cuyas constantes travesías influyen significativamente en su percepción del mundo. Asimismo, se definen dos siguientes objetivos específicos: el primero, analizar las transformaciones psicológicas de Willy explorando la estructura de cada viaje: el punto de partida, los desafíos que enfrenta, las transformaciones que experimenta y el punto de llegada; y comparando los diferentes viajes: las similitudes, diferencias entre ellos, y cómo estas contribuyen a la evolución del personaje. El segundo, analizar cómo el protagonista se relaciona con las personas de las diferentes culturas que conoce: si las acepta, las rechaza o las integra a su propia identidad, y cómo estas interacciones influyen en su proceso de cambio y adaptación.

Finalmente, para este estudio, se empleó una metodología combinada que integra el análisis estructural y el análisis cultural. En primer lugar, el análisis estructural nos permitirá identificar los diversos tipos de viajes realizados por el protagonista, ya sean físicos, internos o metafóricos. Esto incluirá un examen detallado de la estructura de cada viaje, desde el punto de partida hasta los desafíos enfrentados por el protagonista, las transformaciones experimentadas y el punto de llegada; dicho de otra manera, el análisis estructural, empleado en esta investigación, se centra en examinar la forma y la organización interna de los elementos narrativos. En este caso, se utiliza para desglosar los viajes realizados por el protagonista. Además, se llevará a cabo una comparación y contraste de los diferentes viajes para identificar similitudes y diferencias, y entender cómo contribuyen a la evolución del personaje. Por otro lado, el análisis cultural, que está enfocado en estudiar la manera en la que los viajes exponen al protagonista a diversas

culturas y cómo estas experiencias influyen en su identidad, nos permitirá explorar los mecanismos a través de los cuales estos viajes enfrentan al protagonista a diversas culturas e influyen su pensamiento, comportamiento y emociones. También se analizará cómo el protagonista interactúa con personas de diferentes culturas, observando si las acepta, rechaza o integra en su propia identidad. Por último, reflexionaremos sobre cómo la experiencia de viajar al extranjero y regresar a su país de origen transforma la percepción del protagonista sobre su propia cultura, ya sea aumentando su aprecio, generando críticas o redefiniéndola. Al combinar estas dos metodologías, nuestro estudio se alinea con los objetivos de análisis de las obras de Vizcaíno, permitiéndonos realizar un análisis exhaustivo y enriquecedor de los viajes del protagonista.

Capítulo primero

Horizontes fugaces: Willy y su perpetuo viaje sin destino

 Mi manera de comprometerme fue darme a la
 fuga.
 (Joaquín Sabina)

Santiago Vizcaíno, en sus dos novelas, nos presenta un mismo universo donde el personaje principal es un ecuatoriano llamado Willy. En la primera novela, *Complejo* (2017), Willy parte hacia Málaga como estudiante becado. Durante esta experiencia, no solo se encuentra con familiares, compatriotas y otros estudiantes, sino que también se ve envuelto en diversas aventuras que lo llevan a convertirse en un viajero perpetuo, motivado principalmente por intereses eróticos. Más allá de su propósito académico, sueña con contemplar África desde la costa de Málaga, un anhelo que refleja su deseo de explorar más allá de lo inmediato y conocido. Ahora bien, el concepto de lo *erótico*, que será empleado a lo largo de esta investigación, se lo define a partir de Georges Bataille como una experiencia humana en la que el sujeto busca el *objeto del deseo* y lo escoge porque trastoca lo más íntimo de su ser interior. Es decir, que transgrede los límites de la sexualidad puramente biológica, transformándola en una búsqueda psicológica y existencial. Es la aprobación de la vida hasta en la muerte, un movimiento que enfrenta al ser con su discontinuidad individual y con el deseo de alcanzar una continuidad perdida.

Willy proviene de un pasado complejo, marcado por la marginalidad y la violencia, lo que ha moldeado su carácter rebelde y su lucha por la libertad. Esta rebeldía se manifiesta en su forma crítica de ver el mundo, por ejemplo, cuando trabaja más adelante como profesor en una escuela de la costa ecuatoriana. Ante esto dice: “el sistema, este sistema educativo, recalco, forma ciudadanos útiles, ciudadanos a quienes luego el estado o el mercado pueda explotar. me niego a ser parte de la educación mediocre de este país” (Vizcaíno 2019, 21). De esta forma expresa su descontento con un sistema educativo que, en su opinión, se limita a formar obreros sin abordar problemáticas mayores como la drogadicción. La frustración de Willy ante la ineficacia del sistema es tal que finalmente renuncia a su trabajo tras una discusión con el rector de la institución, mostrando cómo su inconformismo y su búsqueda de libertad lo empujan constantemente a rechazar lo que considera inaceptable. Esta actitud de Willy no solo define su carácter, sino que también subraya la tensión entre su deseo de cambio y la realidad que lo rodea.

Sus viajes no son solo físicos, sino también simbólicos, representando una búsqueda de sentido y un intento de escapar de las estructuras de su entorno.

En *Taco bajo* (2019), se da cuenta del retorno de Willy a Ecuador debido a una deportación. Aunque se siente más seguro en este entorno, no puede escapar completamente de la marginalidad. En lugar de regresar a casa de sus padres, decide establecerse en una ciudad costera donde ejerce como profesor por un período corto, como anotaba más arriba. Durante su estancia, reflexiona sobre la realidad de los habitantes locales y los jóvenes que ven pocas perspectivas de futuro más allá de las drogas. Es en este contexto donde recibe la noticia del fallecimiento de su padre, lo que lo impulsa a regresar a su hogar. A partir de este momento, vemos a un personaje que se enfrenta a la pérdida de su padre y busca su lugar en el mundo. Al igual que en la primera novela, Willy es retratado como un nómada, un ser en perpetuo tránsito, buscando en cada viaje una forma de huir de su dolor y, al mismo tiempo, encontrarse a sí mismo. Así, *Taco bajo* profundiza en la figura de Willy como un personaje marcado por la pérdida, la marginalidad y una incesante búsqueda de identidad y propósito, temas que resuenan en la narrativa de Vizcaíno como elementos centrales de la experiencia humana.

Luego de haber presentado las novelas, es preciso reconocer al personaje central sobre el cual gira la siguiente investigación: Willy. En ambas obras, este personaje es un migrante, un deportado o, como él mismo se describe, un apátrida. Esta distinción es crucial en la narrativa de Vizcaíno, ya que, en la primera obra, vemos a un personaje rebelde y crítico de su realidad, tanto en relación con el mundo del que proviene como con el lugar al que llega. Hasta cierto punto, Willy cae en el estereotipo del migrante latino al que, paradójicamente, se resiste a pertenecer. Es decir, enfrenta los desafíos comunes de la migración: la precariedad económica, el desarraigo cultural y el choque de identidades entre su país de origen y el país de destino. Al igual que los *otros*, busca oportunidades académicas en Europa, un destino que para muchos representa la posibilidad de un futuro mejor. Sin embargo, en lugar de abrazar esta experiencia y buscar una integración, Willy expresa un profundo rechazo hacia los elementos que lo identifican como un migrante latino. No obstante, en la segunda obra, donde se presenta a Willy como un deportado, su sentido crítico hacia su entorno se intensifica. Los aspectos que critica con mayor dureza son la educación y la ignorancia, lo que revela un descontento profundo con las estructuras que lo rodean. Esta crítica se convierte en una de las razones que lo empujan a ser un nómada, siempre embarcado en un nuevo viaje y, en muchos sentidos, en una constante huida. Estos rasgos distintivos de Willy, que revelan su

compleja relación con el mundo, serán explorados en mayor detalle a lo largo de esta investigación.

1. Una travesía entre el deseo y el miedo

Para empezar a explorar la relación entre los viajes y Willy, es necesario comprender el origen de su travesía. En *Complejo*, el motivo principal del viaje es la oportunidad de realizar un posgrado en la ciudad de Málaga, gracias a una beca, como anotaba arriba. Su primera parada al salir de Ecuador es Madrid, donde pasará dos días en la casa de su tío. Para comprender plenamente la naturaleza de este viaje, es necesario analizar los motivos subyacentes que lo impulsan a emprender una travesía de tal magnitud. Según Maffesoli, uno de los motores principales del viaje es “la búsqueda de 'otro lugar': el deseo de aventura.” (2005, 183). En este contexto, la beca se convierte en un pretexto para buscar ese “otro lugar”, un espacio de escape y renovación. Willy mismo lo expresa así: “y yo que solo quería ver el mar de Málaga. tenía la peregrina idea de que desde su playa se podía mirar el África. ¡qué huevón! estuve dos días en Madrid y tuve miedo” (Vizcaíno 2017, 1). Este deseo de aventura por conocer África desde Málaga es lo que impulsa a Willy a dejar Ecuador, pero al primer encuentro con lo desconocido, su aspiración se tambalea; el miedo lo invade, a pesar de estar apenas al inicio de su aventura. Aunque el anhelo de encontrar ese “otro lugar” lo motiva a emprender su viaje, enfrentarse a una cultura diferente supone un desafío abrumador para cualquier viajero. A medida que transcurre el tiempo y el personaje se adapta, se observa cómo Willy comienza a desenvolverse con mayor naturalidad dentro de esta experiencia, acomodándose lentamente a su nueva realidad.

Hablar del encuentro con ese *otro lugar* para Willy significa llegar a Málaga y concretar su sueño de alcanzar sus costas para mirar hacia el continente africano. No obstante, al llegar a esta ciudad, se enfrenta a un miedo profundo ante lo nuevo y desconocido. Este pasaje de la obra revela dos aspectos esenciales del personaje. Primero, muestra el anhelo de Willy por conocer África desde la playa de Málaga. Pese a esto, la realidad es que este deseo es difícil de cumplir debido a factores como la distancia y las condiciones climáticas, aunque la leyenda de que se puede ver África desde Málaga es popular. Cuando Willy se refiere a esta “peregrina idea”, está reconociendo la improbabilidad de lograrlo, pero también su persistente esperanza. Este anhelo, aunque

basado en una ilusión, simboliza su deseo de alcanzar lo inalcanzable, una característica que define su personalidad ambiciosa.

Segundo, se destaca también el miedo que experimenta Willy en este nuevo lugar, apenas dos días después de su llegada. Este miedo es una respuesta natural al enfrentarse a lo desconocido, y marca el inicio de un viaje emocional que se desarrollará a lo largo de su estancia en Málaga. Este sentimiento de temor, que inicialmente lo paraliza, se entrelazará más adelante con otras emociones como la soledad, que intensificarán su deseo de movimiento y exploración. Este impulso lo llevará a viajar dentro de Málaga, motivado principalmente por el deseo erótico, buscando en sus encuentros amorosos una forma de escapar de su incertidumbre y llenar el vacío que siente en su nuevo entorno.

Como anotaba arriba, después de pasar unos días en Madrid, Willy avanza hacia su destino principal: Málaga, donde vivirá en una residencia estudiantil. Aquí se encuentra rodeado de una diversidad de compañeros, cada uno con su propia historia y trasfondo cultural. La mayoría de los estudiantes que comparten este espacio son latinoamericanos que están cursando sus posgrados y doctorados. Esta convivencia multicultural no solo le ofrece a Willy una oportunidad única para explorar y comprender las diferentes perspectivas de sus compañeros. A través de estas interacciones, Willy se ve inmerso en una rica amalgama de culturas y experiencias que le permite reflexionar sobre su propia identidad como migrante. Este entorno le brinda un espacio para cuestionar y redefinir su lugar en el mundo, mientras enfrenta los desafíos y descubrimientos que surgen de la convivencia con otros jóvenes que, al igual que él, están buscando construir su futuro lejos de casa. Así, la residencia estudiantil se convierte en un microcosmos donde las tensiones entre lo propio y lo ajeno se manifiestan, permitiéndole a Willy una mayor reflexión sobre su identidad, sus miedos y sus aspiraciones.

La residencia estudiantil, entonces, no es solo un lugar físico, sino un espacio simbólico donde convergen diversas historias de migración y búsqueda de identidad. Para Willy, este entorno se convierte en un espacio donde se entrelazan las experiencias compartidas de los migrantes, lo que refuerza tanto su sentido de comunidad como su percepción de ser un “apátrida”. La interacción con otros estudiantes también le proporciona un espejo en el cual puede observar sus propios miedos, anhelos y la constante búsqueda de pertenencia que define su viaje.

La mayoría de los personajes que conoce en la residencia y menciona en la novela son mujeres, con quienes Willy desarrolla un interés claramente erótico. Aunque su

enfoque principal se centra en los cuerpos y las características físicas que más le atraen de cada una, también presta atención a otras cualidades que las definen. Por ejemplo, al hablar de Celia, la chica de Nicaragua, Willy observa que ha perdido el acento característico de su región, lo que sugiere un proceso de adaptación o transformación de su identidad cultural en el contexto de su migración. En el caso de Priscila, menciona su aislamiento y soledad, ya que tiene poca o nula relación con el resto de los residentes, lo que refleja una desconexión emocional profunda desde la perspectiva del narrador.

En estas mujeres, Willy también se ve reflejado, reconociendo que todos han dejado algo importante atrás: “todos habíamos dejado algo: familias, novios, amigos, hijos. algunos lo veían como un sueño hecho realidad. para nosotros era una pesadilla. una hermosa pesadilla de estudio y de sexo” (Vizcaíno 2017, 40). Este sentimiento compartido de pérdida y la lucha por encontrar un lugar en un nuevo entorno revelan una dimensión más profunda de la experiencia migratoria, donde el deseo de avanzar y alcanzar metas personales se entrelaza con la nostalgia y el miedo a lo desconocido.

El dejar atrás aspectos esenciales de su vida pasada es, para Willy y sus compañeras, la única manera de seguir adelante en su nueva realidad. Este sacrificio no está exento de consecuencias emocionales. La “hermosa pesadilla” que describe Willy encapsula la dualidad de su experiencia: por un lado, la oportunidad de crecimiento y aprendizaje en un entorno académico y cultural diferente; por otro, la sensación constante de alienación y la lucha interna con el deseo y la soledad. Esta dicotomía resalta la complejidad del proceso migratorio, donde el éxito académico y la satisfacción personal se ven opacados por la nostalgia y la incertidumbre, lo que convierte el sueño en una especie de pesadilla vivida.

En este sentido, es fundamental entender que la identidad no es algo innato o estático, sino un constructo que se forma y transforma a lo largo de nuestras vidas a través de nuestras relaciones con los demás. Como señala Comellas, “necesitamos al Otro para compararnos y tener una percepción de nosotros mismos. La conciencia del Yo es un constructo, el sujeto una entelequia. Desde estas bases, la Filosofía Antropológica responde a la cuestión de las relaciones entre lo propio y lo extraño, entre el Yo y el Otro, que son las relaciones del viaje” (2014, 85). A lo largo de las novelas, se observa cómo Willy va formando y reformulando su identidad a través de los diversos momentos que comparte con otros personajes. Cada interacción, ya sea con amigos o mujeres por las que tiene intereses románticos, no solo revela aspectos de su propia identidad, sino que también le ofrece la oportunidad de reflexionar sobre sus valores, miedos y aspiraciones.

La relación con el Otro, en todas sus formas, actúa como un espejo en el que Willy puede ver reflejadas sus propias inseguridades y deseos, permitiéndole comprenderse mejor a sí mismo. Este proceso de construcción de la identidad es dinámico, y está marcado por la constante negociación entre lo propio y lo ajeno. A medida que Willy viaja y se encuentra en situaciones nuevas y a menudo desafiantes, se ve obligado a cuestionar quién es y quién quiere ser. Los encuentros con otros personajes no solo enriquecen su experiencia de vida, sino que también le permiten redefinir su sentido de pertenencia y su posición en el mundo.

La figura de Willy en las novelas de Santiago Vizcaíno se erige como un símbolo del migrante perpetuamente en tránsito, que lucha por encontrar su identidad en medio de un mundo que constantemente le exige adaptarse y redefinirse. Su viaje, tanto físico como simbólico, refleja una búsqueda incesante de sentido y pertenencia, una lucha interna que se alimenta de sus experiencias y relaciones con los demás. La residencia estudiantil en Málaga y su entorno multicultural actúan como catalizadores en este proceso, proporcionando a Willy un espacio para reflexionar sobre su lugar en el mundo y los sacrificios que ha hecho para seguir adelante. A través de sus interacciones con otros personajes, especialmente con mujeres que también enfrentan sus propias luchas migratorias, Willy se enfrenta a sus propios miedos, anhelos y la constante tensión entre lo conocido y lo desconocido.

La narrativa de Vizcaíno explora temas universales como la marginalidad, la pérdida y la rebeldía, utilizando a Willy como un vehículo para cuestionar tanto las estructuras superficiales de la educación como las de la sociedad. A través de su experiencia migratoria, Vizcaíno plantea una dualidad: por un lado, la migración le ofrece a Willy la oportunidad de crecimiento personal y académico; por otro, lo sumerge en un constante sentimiento de alienación. Esta complejidad en el proceso de búsqueda de identidad refleja la dificultad de ubicarse en un mundo cada vez más globalizado. Como señala Piglia, “[l]a historia de la narración es también la historia de cómo se ha construido cierta idea de identidad” (Piglia 2007, 347). El viaje de Willy no solo lo define como un migrante, sino como un nómada, que lucha por reconciliar su pasado con su presente mientras navega en la búsqueda de un lugar que realmente pueda llamar hogar y a su vez esto construye su nueva identidad.

2. La bicicleta imposible: viaje a Toulouse

La manera más rápida de ir a Toulouse desde Madrid seguramente no es en bicicleta. Por el contrario, Willy tiene vagos recuerdos de haber sido llevado en este transporte: “recordé, por ejemplo, que había viajado sobre la parrilla de una diminuta bicicleta por varias cuerdas bajo la lluvia” (Vizcaíno 2017, 55). Esta cita revela dos aspectos clave de su viaje: en primer lugar, la forma en que terminó en la parrilla de una bicicleta, lo que sugiere que Willy no estaba en condiciones adecuadas debido a su pérdida de memoria provocada por el exceso de alcohol. En segundo lugar, su estado de confusión le impide ser consciente de adónde se dirige, ya que solo recuerda el medio de transporte y el clima, lo que indica que sufrió lagunas mentales.

En este pasaje, es preciso reconocer la ambigüedad y la fragmentación de la narración. Un aspecto esencial de esta ruptura es el recorrido en bicicleta desde Málaga a Toulouse, un trayecto completamente imposible de realizar en una sola noche. Más adelante, hacia el cierre de la novela, esta ambigüedad se repite cuando el narrador menciona que Willy ha comprado un boleto para Dinamarca, dejando abierta la posibilidad de un último posible viaje dentro de Europa. Finalmente, nunca se confirma si realmente se lleva a cabo, lo que genera una incertidumbre en el final de la obra. Este juego con la verosimilitud dota a la novela de rasgos poco confiables, característicos de un narrador también poco fiable. Esta característica incita a los lectores a cuestionar algunos aspectos narrativos de la novela. El hecho de que el narrador elija no cerrar la historia con un destino claro refuerza la idea de que la vida de Willy, al igual que la estructura narrativa, está definida por la falta de resolución. Este final ambiguo refleja la naturaleza caótica de sus decisiones y la constante indefinición de su existencia. A lo largo de la novela, Willy ha sido un personaje en huida constante, sin raíces ni objetivos claros, y el final abierto refuerza esta condición: su destino, tanto físico como emocional, queda suspendido en la incertidumbre.

Posteriormente, el narrador nos ubica en el tiempo y el lugar donde Willy recobra la conciencia: “eran las 6 de la mañana del 10 de enero del año 2012 en toulouse y el sol me empezó a dar en la cara como la linterna de un policía” (Vizcaíno 2017, 55). frente a esto es imposible identificar más detalles sobre la ciudad y cómo Willy supo que estaba en Toulouse es complicado, ya que la novela no proporciona evidencias claras que permitan confirmar la versión de Willy. Por ejemplo, cuando descubre el nombre de la mujer que lo llevó a esta ciudad, es a través de un afiche en el refrigerador. Estas

incoherencias del narrador sugieren que varios de los hechos pueden ser cuestionados, lo que añade una capa de incertidumbre y ambigüedad, características propias de la ficción.

El regreso a Málaga es inevitable, y como siempre, estos retornos se convierten en una huida. Aquí comienza a establecerse el nomadismo de Willy, quien, por diversas razones, se ve obligado a emprender un nuevo desplazamiento. En esta parte de la novela, Vizcaíno introduce al esposo de la mujer que lo llevó a Toulouse, cuya presencia precipita esta nueva huida. Willy, al verse en el papel de amante y atrapado en el cruce de palabras de la pareja, dice: “yo no sabía qué hacer. bueno, lo supe apenas vi la puerta abierta. al final, ya estaba vestido y había desayunado” (Vizcaíno 2017, 58). Una puerta abierta representa una oportunidad de huir, por lo que lo más lógico para Willy es irse y evitar mayores problemas en una ciudad donde ni siquiera domina completamente el idioma. Estas acciones constantes de fuga y evasión son las que van reconfigurando la identidad de Willy, moldeada por un nomadismo que parece ser su única constante.

3. El desarraigo de Willy: la evasión entre vínculos y raíces

Como se ha mencionado anteriormente, la necesidad del otro para establecer la relación entre lo propio y lo ajeno es un rasgo que siempre se refleja en Willy. En su viaje a Salamanca, donde visita a Sara, una ecuatoriana que reside allí con su hijo mientras cursa un doctorado en lingüística, Willy busca reconectar con sus raíces y sentir la cercanía de su tierra natal. Aunque ambos habían coincidido en Ecuador anteriormente, nunca habían intercambiado palabras. Este encuentro, lejos de su país, simboliza para Willy una conexión con lo familiar en medio de su vida errante en Europa. Mientras caminaban hacia la casa de Sara, ella le contaba sus sueños y cómo era su vida en una ciudad como Salamanca, además de explicarle por qué decidió llevar a su hijo consigo. Willy, siendo un hombre soltero y sin vínculos emocionales más allá de su familia en Ecuador, reaccionaba de manera distante a sus palabras, incapaz de comprender del todo la motivación detrás de las decisiones de Sara.

Para cerrar esta experiencia de desplazamiento a la ciudad de Salamanca, es importante reconocer cómo Willy percibió este encuentro. Al igual que en su viaje anterior, el motivo inicial también fue de naturaleza erótica, en esta ocasión, Willy estaba completamente sobrio, lo que hace que los detalles sean más precisos y confiables. Lo primero que destaca es cómo el personaje recordará la ciudad, una respuesta que él mismo nos ofrece: “a veces se recuerda a las ciudades por la relación que se establece con el clima. salamanca fue para mí el frío y el llanto de un niño” (Vizcaíno 2017, 65). Estas

dos características que Willy asocia con la ciudad pueden relacionarse directamente con la idea del hogar, como ese lugar de cariño, amor y abrigo. haber sentido frío en la ciudad, sumado al llanto del niño, es fácil concluir que Willy no reconoce un hogar al que pertenezca, lo que, como antes, lo impulsa a huir.

Ahora bien, ¿qué significa este hogar del que Willy huye o al que no quiere enfrentarse, ni mucho menos formar parte? Como ya se ha mencionado en relación con los constantes desplazamientos del protagonista, Willy es posible afirmar que Willy se convierte en un nómada. Este nomadismo implica, según Maffesoli (2005), que “mientras más se esté lejos de las raíces, de la 'tierra de los muertos', más puede uno enriquecerse, aunque sea de riquezas inmateriales” (164). Lo primero a destacar es el alejamiento de las raíces, es decir, el hogar que Willy dejó atrás al salir de Ecuador. Y al enfrentarse a la posibilidad de vivir con Sara y su hijo, se da cuenta de que, por su estilo de vida nómada y libertino, necesita mantenerse alejado de estas raíces que lo harían sentir atado en este nuevo hogar. Para él, el valor de sus experiencias no reside en lo tangible, sino en lo intangible y profundo: el crecimiento interior, la diversidad de vivencias, y la expansión de su comprensión del mundo y de sí mismo, es decir no asume responsabilidades.

Entonces se plantea una nueva huida como un escape ante un posible vínculo con Sara y su hijo. La relación entre Willy y el niño es tensa desde el principio; desde que se conocieron, se evidencian gestos de mutuo desagrado. Esta tensión se intensifica cuando, después de pasar la noche juntos, el niño ve a Willy durmiendo junto a su madre, lo que desata en él un llanto y golpes hacia el personaje. Sara trata de calmar al niño y le pide a Willy que los deje solos. Después de un momento, ella sale para llevar al niño a la escuela, indicándole a Willy que puede desayunar lo que desee. Ante esta situación, Willy reflexiona: “me recosté en el sofá cama y miré el techo con tristeza. tenía que huir. antes, le dejé una nota: «nunca te dejará tener a nadie»” (Vizcaíno 2017, 65). De esta manera, se evidencia una vez más la huida de Willy, esta vez porque no puede establecer una relación con el hijo de esta mujer. Esto lo llevará a buscar nuevas aventuras, perpetuando su ciclo de desarraigo.

4. La evasión de Willy entre Málaga y Dinamarca

El último viaje de Willy no puede realizarse sin antes cumplir con lo que motivó el inicio de toda su aventura. Así, Willy llega a la “torre de homenaje, donde los reyes católicos izaron la cruz y el pendón de castilla el 19 de agosto de 1487” (Vizcaíno 2017, 115). Este lugar, en la costa de Málaga, se convierte en un punto crucial para él. Durante

una conversación con un amigo chileno, Willy observa el horizonte y comenta que lo que se ve al fondo es África. Esta mención de África podría simbolizar lo desconocido, una frontera que separa su presente de un futuro incierto, reflejando su lucha interna por escapar de sus demonios. Además, se menciona que “willy tenía un pasaje comprado para dinamarca que salía al día siguiente” (Vizcaíno 2017, 115), lo que indica que después de cumplir su deseo, se verá embarcado en nuevos viajes y huidas que son el reflejo de sus actos. Entonces, ¿qué es lo que realmente lleva a Willy a comprar este boleto de avión? Primero, el haber cumplido su sueño de mirar el África desde Málaga. Segundo, el haberse convertido en delincuente tras cometer una violación lo obliga a pensar en Dinamarca como su nuevo lugar de huida.

A lo largo de la novela, se presenta a Willy como un personaje nómada, siempre en movimiento, pero su mayor motivación para huir una vez más proviene de un evento oscuro que ocurre cerca del final de la historia: la violación de una joven danesa por la que se obsesiona. Esta fijación extrema lo lleva a seguirla por varios lugares nocturnos, hasta que finalmente la encuentra y la sigue hasta su casa. Allí, la amenaza con un cuchillo y comete el abuso. Este acto brutal marca un punto de no retorno en la vida de Willy, quien, consumido por la culpa y el remordimiento, ya no puede encontrar paz en ningún lugar lo que le obliga a encerrarse en su habitación: “estuve una semana seguida bebiendo sin salir de mi habitación. después, tres días durmiendo. pedía que me llevaran la comida a la habitación. en la residencia estaban hartos de mí” (Vizcaíno 2017, 103). Este acto de asilamiento refleja la culpa y remordimiento que siente Willy tras el acto vil de violación lo que no le permite encontrar paz y mucho menos tener contacto con los demás.

En esta parte de la historia, la obsesión de Willy se subraya de manera particular. El autor construye cuidadosamente un camino, revelando detalles gradualmente. Primero, se describe el lugar donde Willy ve por primera vez a la chica, desatando una enfermiza atracción que culminará en el trágico final de su encuentro. El juego de seducción que muestra el personaje refleja cómo había planeado meticulosamente su acercamiento a la mujer. La obsesión de Willy con la joven danesa puede interpretarse como una manifestación de su profundo deseo de control en un mundo que se le escapa. Su vida nómada, aunque le proporciona una ilusión de libertad, también lo deja emocionalmente aislado y en constante búsqueda de algo que le dé sentido. Esta búsqueda se distorsiona en una necesidad compulsiva de poseer aquello que parece inalcanzable, representado en la figura de la joven danesa. Su obsesión, entonces, no es solo una atracción física, sino

una necesidad patológica de dominar y controlar, lo que finalmente culmina en la violación.

Este acto de agresión sexual no solo convierte a Willy en un violador, sino que también tiene implicaciones mucho más amplias en cuanto a la construcción de su identidad masculina y su relación con el poder. Como señala Segato (2018), “este sujeto violador está expuesto a un mandato de masculinidad, un mandato que le exige exhibir su capacidad, su título, su posición masculina ante los ojos de los demás” (43). Es precisamente este mandato lo que desencadena en Willy una necesidad de reafirmarse como hombre, no solo ante los demás, sino también ante sí mismo.

En este contexto, surge una pregunta crucial: ¿qué actos lleva a cabo Willy para cumplir con ese mandato de masculinidad? El primer indicio lo encontramos en el plan fallido que orquesta con su amigo chileno para seducir a la danesa con su prima en un intento de tener una cita doble. Esta escena revela cómo los actos de Willy están profundamente influidos por la presión de demostrar su poder y su control sobre la situación. El exceso de sustancias por parte de su amigo interrumpe la noche y Willy se ve en la obligación de dejar a su amigo en la residencia por estar *fuera de juego*. Este fracaso inicial, aunque aparentemente insignificante, es clave porque deja a Willy en una posición vulnerable, una situación en la que siente que su masculinidad está siendo desafiada. Es en este momento cuando se hace evidente la importancia del mandato de masculinidad: Willy no puede permitirse mostrar debilidad o derrota ante los ojos de los demás, ni ante la mujer a la que intenta dominar. Así que regresa al lugar donde estaban reunidos los cuatro al inicio de la noche, pero observa que la danesa ya tiene un nuevo pretendiente dejando de lado a Willy.

Este rechazo marca un punto de inflexión para Willy, no solo es una herida a su ego, sino una amenaza directa a su posición como hombre en el marco de las expectativas patriarcales. En lugar de enfrentar la situación con introspección o autocrítica, su respuesta es tratar de reafirmar su poder mediante la agresión. Aquí es donde el mandato de masculinidad sale a flote de manera más clara: la presión de demostrar su capacidad y su *superioridad* ante la mujer se convierte en un impulso que lo lleva a actuar como agresor sexual. Lo que sucede en este punto de la narrativa no es un acto de lujuria o deseo sexual descontrolado, sino un acto de poder. Willy busca, mediante la violencia, restaurar una imagen de sí mismo como dominante y en control, algo que ha sido socavado tanto por el plan fallido con su amigo como por el rechazo de la danesa. La violación se convierte, en este sentido, en un medio para restablecer el equilibrio de poder

a su favor, reafirmando su identidad masculina tal como lo exige el mandato patriarcal. Este comportamiento violento no solo responde a una necesidad interna de validación, sino también a una expectativa social que dicta que, para ser un “hombre de verdad”, Willy debe imponer su voluntad a cualquier costo.

Es importante destacar que el mandato de masculinidad, tal como lo describe Segato, no se refiere solo a un conjunto de expectativas personales, sino a una estructura social que otorga valor y reconocimiento a aquellos que demuestran poder y control, especialmente sobre las mujeres. Willy, al interiorizar estas expectativas, responde con violencia para reafirmar su lugar dentro de esta estructura. Así, la violación no es solo una acción criminal o inmoral, sino un acto que está profundamente imbricado en la forma en que se construye la masculinidad dentro del sistema patriarcal. En última instancia, el acto de violación no solo afecta a la víctima, sino que también revela la fragilidad de la identidad masculina de Willy, una identidad que depende en gran medida de la dominación y del control sobre los demás, especialmente sobre las mujeres. Este acto lo convierte en un agresor, pero también expone su vulnerabilidad frente a las expectativas imposibles que le impone el mandato de la masculinidad.

A más de esto, Rita Segato plantea que “por acción del mismo gesto, el agresor exige de ese cuerpo subordinado un tributo que fluye hacia él y que construye su masculinidad, porque comprueba su potencia en su capacidad de extorsionar y usurpar autonomía del cuerpo sometido” (2018, 46). Este análisis es esencial para comprender la dinámica del acto violento cometido por Willy en la novela. La agresión sexual que él perpetra sobre la danesa no es un acto aislado ni carente de significado. Al contrario, es una manifestación clara del poder que busca ejercer sobre otro cuerpo, un poder que, según Segato, se traduce en la construcción y reafirmación de la masculinidad a través de la violencia y la usurpación de la autonomía de la víctima. En este sentido, Willy, al ejercer violencia sobre la danesa, pone en acción su capacidad de extorsionar y dominar el cuerpo ajeno, transformándolo en un objeto que existe únicamente para validar su propia identidad masculina. La agresión sexual se convierte en una transacción simbólica en la que el *tributo* exigido no es solo el control físico del cuerpo de la mujer, sino también la reafirmación de su propio poder y superioridad. Para Willy, este acto es un reflejo de su necesidad de confirmar su masculinidad, no solo ante la víctima, sino ante sí mismo y el mundo que lo rodea.

Aunque Willy logra colocarse momentáneamente en una posición de poder a través de la violencia, las consecuencias de este acto son mucho más profundas y

duraderas. Este poder, lejos de ser una fuente de estabilidad o satisfacción, se convierte en un mecanismo de destrucción interna. Aunque Willy aparentemente reafirma su identidad masculina mediante la dominación del otro, este acto lo empuja más profundamente hacia un proceso de deformación. Las implicaciones de la violencia sexual no se limitan a las consecuencias inmediatas para la víctima, sino que también afectan al agresor, quien, al construir su masculinidad sobre la base de la destrucción y la subordinación de los demás, inevitablemente se encamina hacia su propia autodestrucción.

Es importante señalar que, aunque las consecuencias de este acto no se hacen evidentes de manera inmediata en la narrativa, irán acompañando a Willy en su camino. A medida que la trama avanza, se observa cómo el ciclo de poder y destrucción se vuelve un rasgo recurrente en su vida. Cada acto de violencia o de control sobre otros no solo reafirma su masculinidad de manera efímera, sino que también lo arrastra más profundamente hacia una espiral de alienación y autoaislamiento. La violencia que ejerce sobre los demás refleja la violencia interna que experimenta consigo mismo, una violencia que, en última instancia, lo consume.

Así, el acto de agresión sexual no solo sitúa a Willy en una posición de poder momentánea, sino que también marca un punto de no retorno en su proceso de degradación. La masculinidad que construye a través de la violencia es una masculinidad frágil, que depende de la destrucción de otros para sostenerse, pero que, en el proceso, también lo destruye a él. Al usurpar la autonomía del cuerpo de la danesa, Willy pierde, paradójicamente, su propia autonomía, ya que queda atrapado en un ciclo de destrucción.

De igual manera, el mandato de masculinidad, tal como lo describe Rita Segato, implica no solo el acto de dominación en sí mismo, sino también la necesidad de demostrarlo públicamente. Ella afirma que este mandato exige “ser capaz de un acto de dominación, de vandalismo, de 'tumbarse una mina', de contar que se desafió un peligro” (2018, 47). Si bien Willy cumple con algunos de estos requisitos—al ejercer el acto de dominación sobre la danesa y cumplir con la expectativa de “tumbarse una mina”—, hay un elemento que queda al aire: la necesidad de narrar o compartir su hazaña, de contar que se desafió el peligro.

El silencio de Willy respecto a su acto de violación es significativo porque rompe con esta parte del mandato de masculinidad que exige la exhibición pública del poder. Pese a que sus amigos le insistían en que debía “tumbarse a la mina”, Willy nunca narró que lo hizo, y mucho menos las circunstancias bajo las cuales logró su cometido. Este

silencio podría interpretarse de diversas maneras. Por un lado, podría reflejar una conciencia de la gravedad de su acto, una internalización de la culpa o el remordimiento que le impide compartir lo sucedido. Al no hablar de ello, Willy podría estar reconociendo, de manera implícita, que su acto de violencia no es algo que pueda celebrarse abiertamente, a diferencia de otros actos de vandalismo o desafío de peligros que se cuentan con orgullo entre hombres.

Por otro lado, el hecho de que no comparta su “hazaña” con sus amigos también subraya una contradicción interna en su construcción de la masculinidad. Si bien cumple con el mandato de dominación al ejercer violencia sobre la danesa, su negativa a narrarlo públicamente indica que hay una grieta en su identidad masculina, una disonancia entre el acto de poder que ha realizado y la necesidad de validarlo socialmente. El mandato de masculinidad no se satisface únicamente con la dominación; también requiere la aprobación y reconocimiento de los otros hombres. Willy, al guardar silencio, se niega a obtener esa validación externa, lo que puede sugerir una profunda alienación no solo de los demás, sino también de sí mismo.

Este silencio tiene implicaciones importantes en el desarrollo de Willy como personaje. Si bien “los hombres deben ponerse a prueba entre sí de maneras que no lo tienen que hacer las mujeres” (Gutmann 1998, 71). Willy, al no compartir su experiencia, queda atrapado en una paradoja: ha cumplido con su prueba de masculinidad mediante la agresión, pero al no narrar su acto, no puede obtener la recompensa simbólica que esto supone en la estructura patriarcal. Este silencio contribuye a su proceso de deformación y destrucción, ya que la validación de su masculinidad se basa en un acto que no puede ser públicamente reconocido. En este sentido, el silencio de Willy también puede interpretarse como una forma de autocastigo o una señal de que incluso él, en su interior, sabe que el poder que ha ejercido es inherentemente destructivo, no solo para su víctima, sino también para él mismo.

Además, este comportamiento sugiere una contradicción en la idea de masculinidad que Willy ha internalizado. Mientras que otros hombres podrían vanagloriarse de tales actos, su incapacidad para compartir su *hazaña* muestra que existe una tensión entre el acto de dominación y la necesidad de reconocimiento. La omisión de la narrativa de su acto podría ser interpretada como un signo de su propia fragilidad o, quizás, de un creciente desdén hacia las mismas reglas que ha estado siguiendo hasta este punto. Finalmente, este silencio resalta la complejidad del mandato de masculinidad. No basta con ejercer poder o dominación sobre los demás; la masculinidad, tal como está

estructurada en la novela, requiere un público, una audiencia masculina que valide esos actos como símbolos de poder y control. Al negarse a contar su experiencia, Willy se priva de esa validación y, al hacerlo, evidencia su alejamiento no solo de los otros, sino también de la versión de masculinidad que se le ha impuesto desde su juventud. El silencio, por tanto, se convierte en otro signo de su progresiva alienación y destrucción, un rechazo a un mandato que, aunque aún lo controla, ya no puede cumplir completamente.

De ahí entonces que, cuando Willy organiza el primer encuentro con su amigo chileno, la danesa y su prima, se revela uno de los aspectos más problemáticos de su carácter: la manera en que proyecta sus deseos sobre los demás, en especial sobre las mujeres. Su expectativa de que la velada culminará en un encuentro sexual muestra su sentido de control y dominación, asumiendo que puede manipular la situación a su favor. Pero, cuando su colega chileno se excede con el uso de sustancias, el ambiente se desmorona y el plan de Willy se arruina. Este fracaso es un golpe a su ego, mostrando que su capacidad de controlar las situaciones y a las personas no es tan sólida como él cree.

Días más tarde, cuando se encuentra con la danesa en un estado vulnerable, intoxicada por el alcohol y las drogas, la dinámica de poder que Willy intenta establecer se profundiza. Al acercarse a ella con la intención de aprovecharse de su fragilidad, es rechazado, lo que no solo hiere su orgullo, sino que aviva aún más su obsesión. Este rechazo actúa como un combustible para sus deseos frustrados, aumentando su fijación con la joven. La incapacidad de Willy para establecer relaciones genuinas, basadas en el respeto y la reciprocidad, lo lleva a ver a las mujeres como objetos que debe poseer, y su respuesta al rechazo es intensificar su deseo de control sobre ellas.

Cuando las cosas no salen como él desea, Willy busca cumplir sus deseos, incluso a la fuerza. En una noche de excesos en su habitación en Málaga, decide salir en busca de la mujer. Decidido a consumir el acto carnal, con o sin su consentimiento, guarda un cuchillo en su pantalón y se dirige a un bar donde espera encontrarla. Con astucia, se esconde entre la multitud para seguir sus movimientos. Cuando ella se dirige a su casa, Willy la sigue a una distancia prudente, para no perderla de vista ni ser descubierto. Antes de que pueda abrir la puerta, la intercepta, la amenaza con el cuchillo al cuello y procede a violarla.

Este acto de violencia sexual no solo representa un colapso moral para Willy, sino también un punto de quiebre psicológico. Hasta este momento, Willy había logrado

racionalizar su comportamiento errático y su estilo de vida nómada como una búsqueda de libertad y experiencias. La violación lo confronta con la realidad de su naturaleza destructiva y egoísta. Este evento lo consume con una culpa inescapable, que ya no puede ser mitigada ni por el movimiento ni por el cambio de escenarios. La paz que buscaba en su constante huida se vuelve imposible de alcanzar, ya que el peso de sus acciones lo sigue a donde quiera que vaya. La violencia que ha cometido no solo destruye su percepción de sí mismo, sino que también reconfigura la manera en que el lector lo ve. Hasta este punto, Willy había sido retratado como un personaje complejo, pero quizás comprensible en su lucha contra la soledad y el desarraigo. Sin embargo, después de la violación, se convierte en un agresor sexual, cuya redención está fuera de su alcance.

La transformación de Willy en un agresor sexual es el punto culminante de su descenso ético. Él es consciente de la gravedad de sus actos y de las consecuencias que traerán. Esta conciencia es lo que lo empuja a huir nuevamente, en un intento desesperado de escapar no solo de la justicia, sino también de sí mismo. Su huida es tan caótica y desordenada como el resto de su vida. La compra del boleto de avión a Dinamarca se convierte en una acción simbólica de su deseo de desaparecer, de borrarse del mapa para no enfrentar las repercusiones de sus actos y salir impune.

El narrador, cuya fiabilidad ya ha sido cuestionada en el pasaje del viaje en bicicleta, cierra la novela con la única afirmación de que Willy compró el boleto, dejando al lector en la incertidumbre sobre si realmente llevó a cabo el viaje. Este final abierto sugiere que, aunque Willy intenta escapar de las consecuencias de sus acciones, nunca podrá realmente hacerlo. La alusión en *Taco bajo* a que Willy fue deportado desde el extranjero sin ofrecer mayores detalles insinúa que, a pesar de todos sus esfuerzos por huir, el pasado siempre lo alcanza. Pero también nos dice algo adicional de la confiabilidad del narrador, pues una violación no se paga únicamente con una deportación. Y esta imprecisión es lo que posibilita que haya un segundo relato, pues de lo contrario el personaje estaría en la cárcel.

Este final ambiguo resuena con la naturaleza fragmentada de la vida de Willy. Su incapacidad para encontrar un hogar físico refleja su imposibilidad de hallar paz interior. A lo largo de la novela, Willy ha buscado en la huida una solución a sus problemas, pero el desenlace sugiere que la verdadera tragedia no es su nomadismo, sino su incapacidad para confrontar sus propios demonios. La novela presenta un retrato devastador de un hombre atrapado en un ciclo de autodestrucción, incapaz de romper con los patrones de comportamiento que lo llevan a su ruina.

En última instancia, el personaje de Willy puede interpretarse como una metáfora de la lucha humana contra la culpa y el remordimiento. Su viaje físico, que lo lleva de un lugar a otro, es un reflejo de su viaje emocional, marcado por la desesperación y el intento fallido de escapar de su conciencia. Aunque el lector es testigo de sus intentos de huir, queda claro que Willy nunca podrá liberarse realmente de las cadenas que él mismo ha forjado.

El análisis de su carácter revela que su deseo de libertad es, en realidad, un deseo de anulación: anulación de su pasado, de sus errores, y finalmente, de su propia identidad. Willy se convierte en un símbolo de la autonegación, un hombre que, al no poder enfrentarse a sí mismo, busca desesperadamente desaparecer. De esta manera, la novela deja entrever que, por más que intente escapar, siempre será confrontado por las consecuencias de sus acciones, y que la redención, si alguna vez fue posible, está ahora definitivamente fuera de su alcance porque si bien las consecuencias de sus actos no son inmediatas siempre hay hechos que llevan al protagonista a hundirse cada vez más, como se irá demostrando a lo largo de este trabajo.

Ahora bien, los tres viajes que emprende Willy en la novela no solo marcan su recorrido físico por distintos lugares, sino que también delinear la evolución de su identidad y la constante lucha entre el deseo de pertenencia y la inevitable necesidad de huir. En su viaje a Toulouse, la confusión y el desenfoque mental que experimenta, producto del alcohol y las lagunas mentales, reflejan su desconexión con la realidad y la falta de control sobre su vida. Esta experiencia inicial sitúa a Willy como un ser vulnerable, incapaz de asimilar su entorno, lo que lo lleva a cuestionar su propio sentido de pertenencia.

El viaje a Salamanca para visitar a Sara expone su anhelo de reconectar con lo propio, con su identidad ecuatoriana, en medio de un contexto extranjero. Pero, su incapacidad para formar vínculos profundos, representada en la tensa relación con el hijo de Sara, subraya su aislamiento emocional y la falta de compromiso propio, debido a que su propia personalidad le obliga a estar en desplazamientos constantes. El frío y el llanto del niño simbolizan el rechazo y la incomodidad que siente Willy, reafirmando su tendencia a escapar de situaciones que amenazan con crear lazos significativos o que implican posibles responsabilidades.

Finalmente, el último viaje a Dinamarca del que solo hace mención al boleto de avión, motivado por el remordimiento y la culpa tras la violación de la joven danesa, revela el punto culminante de su desesperación. Aquí, el deseo de huir ya no es solo una

respuesta a la incomodidad o el rechazo, sino una necesidad urgente de escapar de las consecuencias de sus acciones. La obsesión, el remordimiento y el temor al castigo se entrelazan, empujando a Willy hacia una espiral descendente de huida constante. A través de estos viajes, la identidad de Willy se reconfigura como la de un nómada sin dirección clara, atrapado en un ciclo de búsqueda de un hogar que nunca llega a encontrar. Su vida se convierte en una serie de desplazamientos que, lejos de ofrecerle respuestas, lo sumen cada vez más en la incertidumbre y el desarraigo. Así, los viajes no son meros escenarios de la trama, sino reflejos de la complejidad interna de Willy, un personaje que, en su intento de escapar de los demás y de sí mismo, se enfrenta a la imposibilidad de construir una identidad coherente.

Es decir, el nomadismo de Willy, que lo lleva de un lugar a otro, parece ser más una forma de evasión que una verdadera búsqueda de sentido. Cada movimiento que hace no es hacia un destino, sino lejos de las consecuencias de sus actos y de la confrontación con su identidad. La idea del regreso a Ecuador no es más que otro intento desesperado de huir, en este caso, hacia un pasado idealizado que cree que lo protegerá de las sombras que ha creado en su presente. Pese a todo, es posible que este regreso no sea una opción viable, sino otra huida más en su vida marcada por la incertidumbre y la fuga constante. Estos desplazamientos persistentes a lo largo de las obras son un ejemplo de esto, los viajes en Europa, como a Salamanca, a Málaga, a Toulouse a Dinamarca. En Ecuador el constante vagabundeo en el país, además de sus viajes a la capital y finalmente con su ida a la mina del norte no son más que el reflejo de esta fuga que persiste en Willy.

5. Los otros, un espejo que Willy no quiere mirar

Habiendo reconocido la identidad nómada de Willy y los motivos por los que siempre está huyendo es preciso recalcar la forma en la que él se mira en los otros. Desde su llegada a Madrid y su encuentro con la cultura de la ciudad y su condición de extranjero lo llevan a compararse con la gente que lo rodea. Lo primero que pone en contraste son sus rasgos físicos. De esta manera declara: “si no hubiera tanto jodido ecuatorianito aquí pienso sería distinto. hasta pasaría por una figura de artesanía” (Vizcaíno 2017, 9) De esta cita se recalcan dos puntos clave de la personalidad de Willy. Primero, su crítica sobre la movilidad de sus coterráneos. Al referirse a ellos como jodidos ecuatorianitos se incluye en el grupo y usando estos diminutivos hace una comparación en relación con el resto del mundo. Además, con los rasgos de los otros que reconoce en sí mismo habla de una posibilidad de ser reconocido como diferente, pero, con todos los ecuatorianos en España

se une al resto, sin extrañeza formando así parte de una comunidad de la que no quiere pertenecer o se niega a aceptar.

Reconoce también que no solo el ecuatoriano es el fenómeno más grande en España, sino más bien el sudamericano. “el sudamericano en general es un fenómeno más rico. su condición lo vuelve más complejo. su lengua mismo ha mutado de una forma rarísima. es risible escucharlos diciendo tío, joder, macho, que te den por culo junto a los modismos propios de su cultura” (Vizcaíno 2017, 12). De este grupo más amplio, del cual formará parte inevitablemente menciona la mutación de la lengua. Estos modismos que se usan seguido en el argot popular de la cultura española son absorbidos por los migrantes que a su vez mezclan con los propios. Willy ve esta combinación no solo como una adaptación de la lengua, sino más bien como la búsqueda de pertenencia a la que se enfrenta el migrante. Usar este lenguaje provoca en el extranjero la sensación de inclusión en el nuevo territorio, algo que más adelante se explicará a detalle.

Entonces, esta búsqueda de aceptación lleva a que muchos migrantes intenten integrarse mediante el lenguaje. Sin embargo, esta adaptación conlleva un reconocimiento implícito de la superioridad del *otro*, ya que, al buscar ser aceptados, los migrantes modifican su identidad para parecerse al resto. Esto provoca una transformación en su forma de ser y en cómo se perciben a sí mismos. En este sentido, es clave lo que menciona Bolívar Echeverría sobre este fenómeno:

Los otros, en quienes buscábamos el complemento y la compensación de lo propio, han resultado no ser mejores que nosotros. Tal vez no sean peores [lo que es cada vez más discutible]; pero nosotros estamos más a gusto entre nosotros mismos. Al menos nos conocemos; sabemos quiénes somos; percibimos nuestra identidad como un trasfondo seguro. (Echeverría 1997, 63)

Esta dualidad que plantea Echeverría sobre lo que se busca en el otro y lo que realmente somos, refleja cómo Willy percibe a los demás migrantes. Por un lado, están aquellos que se adaptan y cambian para buscar en el *otro* un complemento de su propia identidad, algo que Willy cuestiona profundamente. Por otro lado, están los que prefieren permanecer entre los suyos, conservando su identidad original. Willy pertenece a este último grupo, aunque paradójicamente siempre está negando o en conflicto con sus propios orígenes. Esta contradicción revela su dificultad para reconciliar su identidad migrante con su rechazo a la adaptación y la integración.

De esta manera, Willy vive en una tensión constante entre la huida y el regreso. No escapa completamente de su identidad ni se integra por completo a la nueva realidad

migrante que enfrenta como ecuatoriano y latinoamericano en el extranjero. Se encuentra en un limbo, un espacio intermedio entre el rechazo a sus orígenes y la incapacidad de abrazar plenamente la vida que lleva en el extranjero. Esta ambigüedad define su relación con su identidad y su sentido de pertenencia, lo que lo lleva a una constante oscilación entre la negación de lo que es y la necesidad de encontrar un refugio en sus raíces.

Willy, atrapado en la constante oscilación de su identidad, no logra hallar un punto de pertenencia definitivo. Esta ambigüedad en su sentido de identidad refleja una lucha interna que se alimenta de sus interacciones con los otros y de su rechazo simultáneo a sus raíces. Para entender esta fragmentación, Bolívar Echeverría ofrece una clave fundamental: “La identidad sólo ha sido verdaderamente tal o ha existido plenamente cuando se ha puesto en peligro a sí misma entregándose entera en el diálogo con las otras identidades; cuando, al invadir a otra, se ha dejado transformar por ella o cuando, al ser invadida, ha intentado transformar a la invasora. Su mejor manera de protegerse ha sido justamente el arriesgarse” (1997, 61). Este concepto es esencial para entender el conflicto de Willy quien parece tener una idea estática de identidad al contrario de lo planteado por el filósofo ecuatoriano mexicano. Echeverría sugiere que la identidad solo cobra pleno sentido cuando se somete a un proceso de riesgo y transformación a través del contacto con otras identidades. Este diálogo entre identidades implica una disposición a cambiar, a redefinirse, ya sea como invasor o invadido. En el caso de Willy, si bien su identidad nunca está completamente fija, su sentido de sí mismo se transforma constantemente en función de los espacios que ocupa y las personas con las que interactúa, esto lo lleva a un conflicto e inseguridad constantes.

A lo largo de las novelas, Willy experimenta una búsqueda insistente de pertenencia, pero paradójicamente, solo se siente verdaderamente consciente de su identidad cuando la pone en contraste o diálogo con las otras identidades que encuentra a su paso. Es decir, Willy no puede reconocerse a sí mismo fuera de la interacción con los otros. Este proceso es evidente en sus relaciones con otros migrantes, como Celia, Priscila o Giselle, quienes representan distintas versiones de la identidad latinoamericana en el extranjero. Cada una de estas interacciones lleva a Willy a reflexionar sobre su propia identidad, pero al mismo tiempo, lo empuja a rechazar cualquier intento de arraigarse en una identidad fija.

El concepto de *arriesgarse* que menciona Echeverría también es clave para entender la trayectoria de Willy. Él se arriesga constantemente al enfrentarse a lo desconocido y al dejarse influir, aunque de manera conflictiva, por los otros. No obstante,

en este proceso, su identidad no se fortalece en el sentido tradicional, sino que se fragmenta y se deforma. Cada interacción lo empuja hacia una mayor alienación, ya que nunca puede integrarse completamente en ninguna identidad, ni la suya ni la de los demás. Al no encontrar un lugar al que pertenecer, Willy está en un estado perpetuo de desarraigo, una especie de limbo identitario donde ninguna identidad puede afirmarse completamente pues vive todo este proceso que, según Echeverría es característico de la identidad, de manera conflictiva.

La identidad de Willy solo se hace evidente cuando se confronta con otras identidades, ya que es en ese contraste donde se define su posición como un ser errante y alienado. El viaje de Willy no es solo físico, sino también de constante redefinición, donde la búsqueda de pertenencia nunca se completa y el diálogo con otras identidades solo profundiza su sensación de pérdida.

Ahora bien, si existen aquellos que buscan un sentido de pertenencia en su nuevo país, también están quienes sienten nostalgia por el país que dejaron atrás y desean regresar. Sin embargo, este retorno anhelado no siempre resulta como lo esperaban. Willy, quien observa desde fuera, cuestiona esta experiencia con dureza, diciendo: “cuando regresan a Ecuador se sienten incómodos. hablan diferente. visten diferente. hasta miran sus raíces con desprecio. es una revancha. el racismo que sufren en este país lo devuelven con creces frente a los suyos. la debilidad identitaria del ecuatoriano transforma al migrante en un monstruo cultural” (Vizcaíno 2017, 12).

Este comentario refleja el profundo sentido de cambio y transformación en la identidad de los migrantes sudamericanos, en particular los ecuatorianos, aunque también es aplicable a cualquier identidad que se vea amenazada en el proceso de migración. La identidad híbrida que emerge entre lo ecuatoriano y lo español genera un desencanto, ya que las experiencias negativas vividas en Europa —como el racismo y la exclusión— son proyectadas de vuelta en Ecuador. Willy se refiere específicamente al racismo porque reconoce que en España sus compatriotas suelen realizar trabajos que los locales no quieren hacer, marcando una clara distinción entre superior e inferior. Al regresar a su país de origen, este sentido de inferioridad se transforma en una actitud de superioridad, ya que los migrantes buscan desquitarse de los sentimientos de resentimiento y humillación que acumularon en el extranjero.

Frantz Fanon, en su obra, refleja un fenómeno similar al señalar: “El negro que conoce la metrópoli es un semidiós” (2009, 50). Aunque el autor habla desde la perspectiva de la experiencia negra, la realidad que describe es paralela a lo que Willy

observa desde su posición como ecuatoriano. La experiencia de haber vivido en Europa transforma la percepción de identidad y poder en los migrantes, quienes al regresar a su país buscan afirmar esa nueva identidad híbrida, aunque está a menudo viene acompañada de un desencanto y una actitud crítica hacia sus raíces.

El autor plantea estos rasgos de racismo de forma explícita dentro de la novela, mostrando cómo la experiencia migratoria afecta profundamente la identidad de los ecuatorianos, particularmente después de su estancia en España. El viaje reconfigura no solo la percepción que los migrantes tienen de sí mismos, sino también la forma en que ven a los demás, introduciendo nuevas dinámicas de exclusión y jerarquización social que no existían de la misma manera antes de partir. La cita de Fanon, “una sociedad es racista o no lo es. Hasta que no se asuma esta evidencia se dejará de lado un enorme número de problemas” (2009, 94), sirve como base para analizar cómo el racismo no es un fenómeno circunstancial o esporádico, sino un elemento estructural que se manifiesta en todas las esferas de la vida social, tanto dentro como fuera del país.

Esta afirmación subraya que el simple hecho de migrar no transforma necesariamente las actitudes racistas, sino que, en muchos casos, las refuerza. El racismo que experimentan los migrantes en el extranjero puede perpetuar la mentalidad de subordinación, lo que Fanon describe como una actitud de *subalternos*. En otras palabras, aunque el viaje provoca cambios en la identidad de los personajes, no garantiza que se superen las dinámicas de exclusión. De hecho, el viaje puede intensificar las jerarquías internas y fortalecer la alienación, tanto hacia el nuevo entorno como hacia su propio país de origen. Los migrantes regresan con una nueva perspectiva, pero esta no siempre es positiva, ya que, en muchos casos, el racismo internalizado o experimentado en el extranjero se proyecta de regreso en su propio entorno social.

De esta forma, surge un cuestionamiento importante: ¿es el país de Willy racista? A la luz de la propuesta de Fanon, la respuesta parece ser afirmativa. No obstante, esta aseveración conlleva matices importantes que deben ser considerados. Los viajes al extranjero, especialmente a países como España, generan en los migrantes ecuatorianos sentimientos de exclusión y rechazo debido a su condición de “otros”. Este desplazamiento los enfrenta a un sistema de jerarquización racial donde son percibidos como inferiores. Al regresar a su país, muchos ecuatorianos intentan desquitarse del maltrato y la discriminación vividos en el extranjero. Pero, este retorno no los libera de la carga del racismo que experimentaron; en lugar de ello, les infunde una sensación de superioridad frente a sus compatriotas.

Al haber sido discriminados fuera de sus fronteras, algunos desarrollan un sentido de distinción que los lleva a replicar las mismas actitudes discriminatorias dentro de su propio país. Se ven a sí mismos como *mejorados* por su experiencia migratoria y perciben a los demás como inferiores, perpetuando una jerarquía que, en realidad, es producto del racismo internalizado. Así, se cierra un ciclo donde la víctima del racismo en el extranjero se convierte en victimario en su propio entorno. Esta dinámica es ilustrada por la reflexión de Fanon, quien menciona: “será más blanco en la medida en que haya rechazado su negrura, su sabana” (Fanon 2009, 50). Este rechazo es evidente en Willy cuando observa a sus compatriotas al regresar a Ecuador: aquellos que vuelven tras haber sido marginados en el extranjero empiezan a replicar las mismas conductas discriminatorias, al tiempo que rechazan sus propias raíces y su identidad. De este modo, el ciclo de discriminación continúa, ahora dentro de las fronteras de su país de origen.

Resulta importante también analizar las experiencias de Willy con los otros personajes migrantes, especialmente aquellos con quienes comparte espacios en la residencia universitaria. Este entorno le permite comprender que, con el tiempo, su identidad se irá reconfigurando poco a poco. La primera mujer en la que Willy observa este cambio es Celia, a quien describe como una mujer negra que cursa su tercera maestría. Ella es de Nicaragua, y Willy nota que ha perdido su acento, un rasgo esencial para la identidad de cualquier persona, pues suele ser lo primero que los demás notan al establecer contacto. Con cada viaje, Celia ha ido perdiendo su identidad, reflejada en este caso en su acento. Willy recuerda cómo, después de pasar unos días en España, él mismo adquirió algunos modismos del país. Lo mismo ocurre con otros ecuatorianos, quienes al regresar a su país siguen utilizando expresiones aprendidas en el extranjero. Al contrario del resto, en su regreso, Willy evita usar esos modismos, lo que refleja la dualidad de su carácter: aunque rechaza sus orígenes, no puede eliminar por completo ese vínculo con su identidad. De igual forma, se presenta un conflicto interno en el personaje, pues un cambio con sus desplazamientos, pero cuando estos cambios están por darse, él los juzga como algo negativo.

Ahora bien, dentro de estas mutaciones y cambios ¿cuál es la forma con la que Willy reconoce que sus compañeros de residencia han reconfigurado su identidad o a su vez esta ha mutado para convertirlos en *otros*? Es decir, cada uno de los otros personajes que se harán mención más adelante representan un aspecto dentro de la reconfiguración de la identidad en el migrante. Primero conoce a Celia, una mujer de Nicaragua que está cursando su tercera maestría. Lo que más ha llamado la atención de Willy sobre ella es la

pérdida de su acento nicaragüense, un cambio que él percibe como un signo de la búsqueda de pertenencia. Willy observa este fenómeno con una mezcla de crítica y desdén, pues para él la pérdida del acento simboliza la renuncia a la identidad y una adaptación forzada al entorno extranjero. Celia, en su afán de encajar en la sociedad europea, parece haber adoptado una nueva identidad, más acorde con las expectativas del lugar en el que vive. Para el personaje, esta adaptación no es más que una muestra del deseo latinoamericano de integrarse en una ciudad ajena, lo que él rechaza de manera vehemente. La postura de Willy ante Celia refleja su propio conflicto interno: a pesar de su rechazo a sus raíces y su intento de distanciarse de ellas, él no está dispuesto a renunciar a su identidad del todo, ni mucho menos a transformarse para encajar. Es como si criticara en otros lo que teme de sí mismo: la posibilidad de perder lo poco que queda de sus orígenes mientras navega por su vida en el extranjero.

Después, Willy se encuentra con Priscila, una mujer que estaba sola en un contexto que no se describe con mucho detalle. Lo que esto sugiere en la narrativa es que ella representa un espejo en el que Willy ve un destino que no desea para sí mismo. Esta mujer parece encarnar la soledad de aquellos migrantes que no han logrado crear vínculos profundos ni significativos, y esto afecta profundamente a Willy. A pesar de su vida nómada y su tendencia a evitar compromisos duraderos, Willy no quiere verse condenado a una soledad permanente, como la que intuye en Priscila. Es por ello que, aunque se aventura en experiencias eróticas y busca la compañía ocasional, esas relaciones no lo satisfacen ni lo completan; solo lo impulsan a huir una y otra vez. El temor a la soledad y al aislamiento lo persigue, pero su incapacidad para mantener conexiones auténticas lo condena a un ciclo interminable de relaciones superficiales y fugaces.

Willy menciona además a una francesa, de la que únicamente destaca su belleza, y no ofrece mayor detalle sobre ella. Este contraste refleja el impacto que los desplazamientos generan en los migrantes. El hecho de que Willy solo resalte la belleza de la francesa sugiere un vacío existencial, producto del desarraigo y la falta de identidad que sufren los personajes al encontrarse en tierras extranjeras. Ser extranjero y, como el caso de Willy latinoamericano, en un país donde estos aspectos carecen de relevancia refuerza la sensación de invisibilidad y aislamiento. Esto, a su vez, genera un profundo sentido de soledad y aislamiento, como se mencionó anteriormente. Willy percibe estos sentimientos como una situación inevitable de la que, tarde o temprano, será parte. De igual forma habla de Nadia, la argentina, quien no hablaba, sino que gritaba, como una

forma de hacerse notar en estos contextos. Este comportamiento le resulta extraño a Willy, ya que él no lo percibía como una forma de visibilización

Finalmente, conoce a Giselle, una mujer cubana que llega después de la Navidad para seguir un doctorado. Giselle representa un contraste interesante con las otras mujeres que Willy ha conocido. Si bien también ha dejado atrás a su familia, amigos y seres queridos, como todos los migrantes que Willy ha encontrado en su camino, lo que destaca en ella es su perspectiva más resignada pero pragmática sobre la migración. Giselle le enseña a Willy que la única forma de avanzar en la vida es dejar atrás todo lo que se ama y se conoce, pero también que esa renuncia debe ir acompañada de la esperanza de regresar algún día. Es una especie de consuelo y de mantra para los migrantes: dejar todo atrás no implica necesariamente perderlo para siempre. Esta esperanza de regreso, aunque quizás ilusoria, es lo que permite a Giselle seguir adelante. Para Willy, esta lección resuena de manera ambigua. Por un lado, reconoce la verdad en las palabras de Giselle; él también ha dejado atrás todo, tanto física como emocionalmente. Si bien, su relación con la idea de regresar es mucho más problemática, ya que el rechazo hacia sus raíces y su país de origen es tan profundo que la posibilidad de retorno no es una opción atractiva para él.

Lo que conecta a estas mujeres en la vida de Willy es cómo cada una refleja, de alguna manera, las facetas de su propia experiencia migrante y su conflicto con la identidad. Celia representa el miedo a perder la esencia de quién es en un intento por encajar; Priscila le recuerda los peligros de la soledad, y Giselle le ofrece una especie de filosofía de supervivencia que, aunque lógica, no es del todo aplicable a su propio caso. Willy observa en ellas lo que teme y lo que rechaza, pero también lo que quizás anhela, aunque no quiera admitirlo: la capacidad de encontrar una pertenencia sin traicionar quién es, algo que hasta ese momento sigue resultándole esquivo.

Willy, al interactuar con los otros personajes migrantes, especialmente las mujeres, no solo refleja sus temores personales frente al cambio, sino que también pone de manifiesto un conflicto más amplio: la fragilidad de la identidad en el contexto migratorio. En Celia, ve un espejo de lo que podría sucederle a él mismo. La pérdida del acento es para él un símbolo de la disolución de algo esencial, algo que lo conecta con su lugar de origen. Esta idea de pérdida, de transformación involuntaria, lo llena de incertidumbre y lo obliga a cuestionar hasta qué punto él mismo está dispuesto a cambiar o si puede resistir ese proceso. Al mismo tiempo, su juicio hacia las mujeres, como el silencio que guarda sobre Priscila o la simple apreciación de la belleza de la francesa,

sugiere una desconexión emocional. Se centra en lo superficial, en lo físico, quizás como un mecanismo de defensa para no tener que enfrentar la realidad de su propia fragmentación interna. Las mujeres migrantes que observa parecen ser versiones alternas de sí mismo, reflejando tanto lo que él teme perder como lo que ya ha empezado a desaparecer.

Partiendo de esto, es indispensable hacer una pausa y reflexionar sobre la relación entre la identidad y el lenguaje. Frantz Fanon plantea que: “Hablar es emplear determinada sintaxis, poseer la morfología de tal o cual idioma, pero es, sobre todo, asumir una cultura, soportar el peso de una civilización” (2009, 49). Es decir, el lenguaje y la manera de hablar no solo reflejan el dominio de una lengua, sino que también identifican a una persona como parte de una cultura, cargando con el peso de la historia y las tradiciones que esta implica. En las novelas, Willy establece una conexión directa entre el acento y el país de origen, y observa cómo el cambio en la forma de hablar puede simbolizar una mutación cultural.

Willy percibe que muchos migrantes, al adaptarse a un nuevo entorno, adoptan los modismos y acentos locales, lo que considera una pérdida de identidad. Aunque reconoce la importancia de asimilar el lenguaje del lugar en el que se encuentran para facilitar las relaciones sociales, también percibe esta transformación como una amenaza a los orígenes culturales. En este sentido, no olvidar el propio acento o la forma de hablar de su tierra natal se convierte en un acto de resistencia frente a la asimilación total. Sin embargo, Willy se encuentra en una dualidad complicada: por un lado, no muta su manera de hablar como lo hacen otros migrantes, lo cual podría interpretarse como un esfuerzo por conservar su identidad; pero, por otro lado, no siente orgullo por sus raíces, ni una conexión real con su país de origen.

Este conflicto interno en el protagonista refleja una lucha constante entre adaptación y resistencia. A pesar de su rechazo hacia su propia identidad cultural, no llega a modificar su lenguaje para pertenecer completamente a un nuevo entorno. Willy está atrapado en esa tensión, sin sentir arraigo ni en su tierra natal ni en el extranjero, lo que subraya la compleja relación entre identidad, lenguaje y pertenencia que atraviesa su vida como migrante. Entonces la relación de Willy con estas figuras femeninas también pone de relieve su incapacidad para formar lazos profundos, una característica que define su experiencia migrante. La distancia emocional que mantiene con Priscila o la francesa no es casual; es un síntoma de su creciente desarraigo. Este aislamiento es, en parte, autoimpuesto, pero también es una consecuencia del contexto en el que se mueve: un

espacio donde la identidad es fluida, cambiante, y muchas veces irreconocible. Willy se siente atrapado entre el deseo de integrarse y el miedo a perderse en el proceso. La migración, en lugar de ofrecerle una oportunidad de renovación, parece despojarlo lentamente de lo que le resulta familiar, de lo que le ancla a una idea de sí mismo. Esto se refleja en la figura de Nadia, cuyo grito constante resuena como un eco de su propia desesperación por ser visto y escuchado en un entorno que lo va diluyendo. Así, en cada interacción con los otros migrantes, Willy se enfrenta a una parte de su propia psique: una lucha entre aferrarse a lo conocido y aceptar la inevitable transformación que el desplazamiento conlleva.

Capítulo segundo

El viaje de degradación de Willy

1. Raíces arrancadas: La búsqueda perdida de Willy

El carácter nómada de Willy hace que la idea de un asentamiento permanente en Ecuador sea una utopía, ya que su carácter mismo radica en el movimiento continuo. Este retorno tiene dos aspectos esenciales que debemos considerar: en primer lugar, Willy es obligado a volver tras ser deportado, lo cual está directamente relacionado con el acto de violación que cometió en Málaga. Aunque Vizcaíno cierra la primera novela mencionando un boleto de avión con destino a Dinamarca, no queda claro si este viaje se concretó o si fue frustrado por las repercusiones de sus actos. En segundo lugar, Willy nunca tuvo la intención de regresar a Ecuador, y mucho menos a su hogar. Como hemos señalado anteriormente en su retorno se establece en una ciudad costera donde consigue un trabajo como docente, del cual renuncia casi de inmediato. Poco después, recibe la noticia de la muerte de su padre, lo que desata nuevamente su espíritu viajero y lo impulsa a embarcarse en nuevos viajes.

Cuando un viaje termina, otro está por comenzar. Este ciclo constante de inicios y finales es el que define la vida de Willy. ¿Qué busca lograr con cada uno de estos viajes? Según Maffesoli, “lo que se busca es curar el alma a través de una vida errante: perderse para encontrarse. Se trata de un peregrinar permanente” (2005, 172). En el caso de Willy, ¿cuáles son los momentos en los que se pierde y se ve forzado a encontrarse de nuevo? En las dos novelas, los dos eventos principales que marcan su vida son la violación a la chica danesa y la muerte de su padre. El primero lo define como un perpetrador, lo que lo obliga a huir, y es muy probable que este incidente haya contribuido a su deportación. El segundo lo deja huérfano, enfrentándolo a la pérdida de la figura paterna, un vacío que lo sumerge de nuevo en su vida errante. Estos momentos de crisis lo empujan a buscar respuestas en el movimiento constante, pero más que encontrarse, parece que cada viaje lo hunde más en su desconexión con el mundo, pero siempre trayendo consigo nuevas preguntas y respuestas.

Pensar en Willy no como un nómada, sino como alguien que huye, introduce una dinámica diferente en su construcción como personaje. En lugar de ser un viajero que busca activamente un lugar o un sentido en su movimiento, Willy se convierte en alguien

que escapa, impulsado por una necesidad de evasión, tanto física como emocional. Este tipo de huida tiene un origen claro: primero, la incapacidad de encontrar su lugar en el mundo, y después, la violación, un evento que lo define como un perpetrador y lo empuja hacia una espiral de culpa, rechazo y evasión. La violencia que comete no solo destruye a su víctima, sino que lo condena a él a una existencia errante, en la que el movimiento se convierte en una forma de huida de su pasado.

Construir un personaje de esta naturaleza requiere herramientas literarias que exploren la complejidad psicológica y ética de su conducta. La huida de Willy no es simplemente geográfica; es también una evasión emocional y ética. Las herramientas literarias que permiten hacerlo incluyen el uso de una narración fragmentada, donde los viajes constantes y las crisis personales interrumpen cualquier intento de estabilidad. El uso de la retrospectiva y el flujo de conciencia puede revelar los momentos en que el protagonista trata de racionalizar sus acciones, mientras que la repetición de temas y símbolos de movimiento subraya su imposibilidad de detenerse. A través de estas técnicas, el lector se enfrenta a un personaje que, en lugar de evolucionar o encontrar redención, parece estar en una caída continua, una especie de autodestrucción que lo mantiene siempre en fuga.

El retorno que en algún momento fue anhelado no se convierte en una alegría cuando es forzado. Esto es lo que le sucede a Willy, y lo expresa con rabia al afirmar: “Llegué a Ecuador en enero de 2014, deportado de Europa. Un deportado es un apátrida al revés” (13). Mientras que un apátrida carece de nacionalidad y no pertenece a ningún país formalmente, el deportado es lo opuesto: sigue teniendo nacionalidad, pero está obligado a regresar a un lugar que rechaza. Este retorno forzado despierta en Willy un profundo rechazo hacia su país, lo cual expresa de forma contundente: “Por eso Willy no quería volver, a Willy le valía un carajo su país. Un ser humano tiene ese derecho: que le valga mierda su país, incluso, si quiere, puede no tener país. ¿Por qué joden tanto con el puto país?” (Vizcaíno 2019, 14). Para él, hablar del pasado es doloroso y cada vez que lo hace, la frustración se apodera de él. ¿Para qué regresar a un lugar donde todo está empeorando y donde nadie parece dispuesto a actuar? Esto se refleja, por ejemplo, en el colegio donde trabajó temporalmente, observando cómo los estudiantes se perdían en la H. Willy no puede soportar la apatía generalizada y la falta de acción ante estos problemas. No puede ignorar lo que sucede a su alrededor, pero tampoco se siente capaz de cambiar nada. Frustrado y atrapado, decide renunciar a su trabajo y, con ello, a

cualquier intento de readaptación. La imposibilidad de encontrar respuestas lo impulsa a emprender un nuevo viaje, siempre en busca de algo que parece cada vez más lejano.

El rechazo de Willy hacia la educación en la escuela donde trabajó temporalmente no solo revela su insatisfacción con el sistema, sino también su profunda desilusión con todo lo que representa su país de origen. El hecho de que los estudiantes *se pierdan en la H* simboliza, para él, un fracaso colectivo y una apatía social que lo exaspera. En lugar de ver su trabajo como una oportunidad para intervenir y hacer una diferencia, él lo percibe como una tarea inútil en un ambiente donde siente que nadie tiene interés por mejorar. Este episodio subraya la incapacidad de Willy para comprometerse con algo concreto o asumir una posición activa en la resolución de los problemas que critica. Su frustración no solo radica en las fallas del sistema, sino en su propia falta de voluntad para actuar ante esas fallas.

En la narración, este conflicto interno de Willy, entre la crítica hacia el país y su inacción, enfatiza la contradicción de su carácter. No quiere formar parte del sistema, pero tampoco logra mantenerse completamente al margen, lo que alimenta su constante huida. La evasión de responsabilidades es un tema central en su vida: rehúye el compromiso emocional, laboral, y social, negándose a aceptar las consecuencias de sus propias acciones, como la violación, el racismo, o su falta de integridad. Al no asumir su parte, Willy refuerza un ciclo de negación y escape. Así, cada intento fallido de readaptación a su entorno se convierte en una razón más para distanciarse de su realidad, emprendiendo nuevos viajes en busca de algo que nunca llega a definir con claridad, pero que siempre parece estar fuera de su alcance. Cada uno de estos detalles construye Vizcaíno a lo largo de ambas novelas y se analizarán también en este trabajo.

Después de su llegada y renuncia, Willy decide pasar su tiempo libre en un billar. Aquí, conoce a Sahid, un árabe con quien establece una conexión a través del juego. En este espacio, Willy se mueve con una calma que no encuentra en otros lugares, pues siempre ha sabido desenvolverse mejor en ambientes como este. A pesar de este nuevo entorno, Willy se siente distinto al resto y no puede evitar sentirse un extranjero. Como él mismo expresa: “Me conocen, pero para ellos sigo siendo el serrano cojudo, el extranjero, el que habla raro, el otro” (Vizcaíno 2019, 29). Esta percepción de ser el *otro* contribuye a su persistente sentimiento de alienación. En un momento de la narración, Willy considera que dedicarse al billar podría proporcionarle más beneficios que un empleo convencional. Durante una partida, su rival lo golpea, dejándolo inconsciente. Sharon, una persona travesti que lo encuentra en esa situación, lo lleva a su casa y cuida

de él. Con el tiempo, Sharon se convierte en un apoyo importante para Willy. En su última huida, Willy elige la compañía de Sharon, encontrando en ella una forma de apoyo y comprensión que no había experimentado anteriormente y de la que siempre huía.

El recorrido de Willy a través de diferentes estaciones geográficas refleja su lucha interna por desligarse de sus raíces, pero también la imposibilidad de hacerlo completamente. La primera estación, Ecuador, específicamente Crucita la Bella y la calle Quito, simboliza su constante retorno a lo familiar, a pesar de su rechazo a todo lo que representa. Aunque Willy busca escapar de su identidad ecuatoriana, el hecho de que siempre regrese a Quito, aunque sea metafóricamente a través de una calle, indica que hay un lazo inquebrantable que lo sigue atando a su lugar de origen. Esta contradicción marca uno de los conflictos centrales de su existencia: la incapacidad de desvincularse completamente de su pasado.

Sus viajes a la capital y su posterior retorno a la costa no solo refuerzan su condición de nómada, sino también de extranjero. En la costa, donde busca un nuevo comienzo, no deja de ser percibido como alguien ajeno, una condición que ya había experimentado en su estancia en España. Este sentimiento de alienación también lo acompaña cuando regresa a la casa de su infancia, donde ya no puede identificarse con el entorno. Su madurez lo ha transformado en alguien que intenta romper con los lazos que lo unen a su origen, pero, paradójicamente, su resistencia solo lo empuja a un ciclo de huida sin salida. En su viaje de degradación, se ve envuelto en una espiral que lo aleja de la posibilidad de redención o integración, una travesía que más adelante se analizará con mayor profundidad, donde la pérdida de identidad y el rechazo a sus raíces lo conducen a su propio abismo moral.

En Crucita La Bella, donde estaba establecido Willy, recibe la visita inesperada de dos personajes peculiares, los Burros Cansados. Estos individuos tendrán un papel crucial en su futuro, ya que serán cómplices en un asesinato y quienes lo incluyan en su nueva aventura. Willy, sorprendido por su llegada no anunciada, observa cómo estos dos habitantes del sur entran en su vida de forma repentina: Estos dos habitantes del sur llegaron a mi casa. Alguien les dijo que yo podría ayudarlos. Más bien, esconderlos. Se habían robado un Cristo tallado en oro de una iglesia parroquial, de un pueblo llamado Roma. O sea, un verdadero Cristo de Roma: 'El Señor de Roma'. Lo dejaron en la sala de estar y, como si no hubieran cometido un crimen, se arrodillaron y comenzaron a rezar (Vizcaíno 2019, 34).

La ironía con la que Vizcaíno presenta a estos personajes resuena en la propia personalidad de Willy, que también enfrenta la vida con una mezcla de desdén y sarcasmo. Aunque los dos hombres han robado una figura sagrada, Willy les roba la mayor parte del dinero que obtienen de la venta de la estatua. Esta doble ironía, donde todos parecen ser ladrones en su propio derecho, subraya la moral ambigua que rige las interacciones en el mundo de Willy.

Escribir desde la ironía implica jugar con la contradicción y la ambigüedad, lo que permite crear una distancia entre lo que se dice y lo que realmente se significa. En este fragmento, la ironía opera de diversas formas para subrayar el tono crítico y cínico con el que se relata la historia de Willy. La visita de los Burros Cansados, quienes llegan a su casa tras haber robado una figura sagrada, plantea una situación absurda: personas que cometen un delito grave y, acto seguido, se arrodillan a rezar en lo que parece un intento de expiación inmediata. Aquí, Vizcaíno utiliza la ironía para revelar la hipocresía y el absurdo moral en el mundo de sus personajes.

Es significativo que Willy, lejos de reprocharles o actuar como un aliado moral, participe en esta lógica distorsionada. No solo los esconde, sino que además les roba parte del dinero obtenido de la venta de la estatua robada, lo que genera una doble ironía: aquellos que se presentan como ladrones de lo sagrado son robados a su vez por Willy, quien parece haberse integrado en esta espiral moralmente corrupta. La ironía no solo apunta a los personajes y sus acciones, sino que también refleja el desencanto y la desconexión de Willy con cualquier tipo de código ético o moral tradicional. A través de este recurso, Vizcaíno no solo expone la corrupción y el caos en los que habita su protagonista, sino que también permite al lector un espacio crítico desde el cual evaluar las acciones de los personajes sin que el relato se convierta en una condena directa o moralista. En este sentido, escribir desde la ironía permite desarrollar una narrativa en la que los personajes no son juzgados abiertamente, sino que su propia incongruencia y las situaciones ridículas en las que se encuentran revelan su degradación moral. Esto a la vez también refuerza la complejidad de los dilemas que enfrentan los personajes en un mundo sin claros valores ni puntos de referencia éticos.

Para vender el Cristo robado, Willy decide tomarse un respiro en la playa. Alquila una moto acuática y, con la figura atada a su cuerpo, deambula por las aguas de Crucita La Bella, reflexionando con apatía sobre cómo deshacerse de semejante carga traído por los Burros. Su primera idea es ofrecerlo a las iglesias locales, pero descarta la opción casi de inmediato, pensando que podrían estar conectadas de alguna forma y alertarse entre sí

si ocurriera algún robo. Tras varias vueltas, se cruza con un joyero que le ofrece ayudarlo a conseguir un comprador. Willy, sin preocuparse por los detalles, simplemente deja el Cristo en manos del hombre y se dirige al billar, su santuario personal, donde se siente más a gusto. El tiempo pasa lentamente, y mientras avanza la tarde y cae la noche, se sumerge en una serie de partidas. En su última jugada, la suerte no le acompaña: su rival, frustrado, lo golpea con fuerza, dejándolo inconsciente sobre la arena.

Es en este estado vulnerable que Sharon lo encuentra. Esta travesti, con su singular amabilidad, lo recoge, lo lleva a su casa y cuida de él mientras recupera la conciencia. Sharon no solo se convierte en su enfermera temporal, sino que también comienza a ser una presencia constante y de apoyo en la vida de Willy, alguien en quien confía lo suficiente como para querer llevarla consigo en su siguiente huida.

El análisis de la criminalidad en Willy y su relación con la ficción refuerza su trayectoria como un personaje que se va degradando moralmente a lo largo de las novelas. Ricardo Piglia, en su reflexión sobre la ficción y el dinero propone lo siguiente:

Robos, inventos, falsificaciones, estafas: enriquecerse es siempre una aventura imaginaria, la epopeya de una apropiación mágica y fuera de la ley. El dinero está puesto como causa y como efecto de la ficción: causa, porque es preciso mentir, inventar, hacer “bonitos cuentos” para ganarlo; efecto, porque la postergación siempre repetida de ese enriquecimiento ilusorio alimenta -con palabras- el relato de todo lo que se tendrá con el dinero. (2000, 807)

Willy, al robar el dinero de la venta de la figura religiosa a los hermanos, ejemplifica lo que Piglia describe como el acto delictivo visto como una *aventura imaginaria*, donde la transgresión de la ley no solo impulsa la acción, sino que también alimenta la narrativa. Para Willy, la ilegalidad se convierte en una forma de reafirmar su rechazo a las convenciones morales y sociales, alimentando su propio relato personal, uno que está marcado por la ambigüedad y la evasión. Esta ambigüedad refuerza su carácter dual y evasivo: Willy no solo rechaza sus raíces, sino que también se rehúsa a adherirse a cualquier tipo de límite ético, navegando entre lo legal y lo criminal con indiferencia.

En ambas novelas, las acciones delictivas no solo sirven como eventos dramáticos, sino que son el verdadero motor de la narración. Willy no es juzgado moralmente en términos tradicionales; en cambio, su progresiva inmersión en la delincuencia es lo que impulsa la trama y revela su naturaleza contradictoria y nómada. Su deriva delictiva no es vista como una caída ética, sino como el medio a través del cual se define su viaje, uno

que siempre está al margen de la legalidad y que, en última instancia, subraya su carácter errante y su falta de raíces o límites éticos.

Este episodio también se relaciona con su viaje a la mina, donde el protagonista sigue la misma lógica de enriquecimiento ilícito y fuera de la ley. La narrativa de *Taco bajo* está atravesada por este deseo de obtener dinero a cualquier costo, utilizando el crimen como un medio para avanzar, lo que a su vez refleja la degradación ética de Willy. Además, el hecho de que el viaje a la mina se presente como una oportunidad para obtener oro, una riqueza asociada al norte y a la prosperidad, refuerza el simbolismo del viaje como una búsqueda ilusoria de éxito que, inevitablemente, termina en fracaso.

En medio del cúmulo de eventos que rodean la vida de Willy, una noticia llegó como un puñal frío: la muerte de su padre. Fue su hermana quien, con un mensaje breve y directo, le informó: “Mi padre se mató en el carro. Tienes que venir” (Vizcaíno 2019, 49). Willy sintió un golpe en el pecho, una mezcla de incredulidad y rabia lo invadió. Lo primero que pensó fue en escapar, como siempre lo hacía: el alcohol, el sexo, cualquier cosa que lo mantuviera lejos de enfrentar ese duelo inminente. Pero mientras intentaba huir de la realidad, algo lo detuvo. En su cabeza, una pregunta surgió: ¿había sido un buen hijo? Y casi al instante, su mente viró hacia su padre, preguntándose si él había sido un buen padre. Una comparación inevitable y amarga comenzó a formarse en su interior: “Hubiera dado todo por no ser como mi padre, pero era un maestro. Mi padre no fumaba, yo sí. Mi padre no bebía solo, yo sí. Mi padre sabía dibujar, yo no. Mi padre tenía una letra perfecta, yo no. Mi padre tenía muchos amigos, yo no” (Vizcaíno 2019, 53).

Cada diferencia que enumeraba lo acercaba más a una conclusión que no quería enfrentar: por mucho que hubiera tratado de distanciarse de su padre, seguía estando profundamente marcado por su figura. Willy había pasado su vida renegando de él, pero ahora que su padre ya no estaba, se daba cuenta de cuánto lo definía esa relación, por más que lo detestara. Este contraste de características entre su padre y él, más que consolarlo, lo aplastaba. Lo que más odiaba de su padre era lo que más envidiaba: su estabilidad, su control, la forma en que parecía encajar en un mundo que a Willy siempre le había parecido hostil. Ahora, esa distancia entre los dos, que nunca pudo romper, se volvía eterna. Con el fallecimiento de su padre, se sellaba definitivamente una relación llena de silencios, reproches y secretos nunca confesados. Willy entendió, en ese instante, que nunca podría escapar completamente de la sombra de su padre.

Con esta muerte, Willy se ve obligado a regresar al hogar, al lugar y las raíces de las que siempre se había mantenido al margen. Su relación con sus progenitores, con el

hogar y con su familia, nunca fue la que él hubiera querido, y por eso había evitado, a toda costa, seguir los pasos de sus padres. En un acto de rebeldía, llegó a prometerse que nunca sería como ellos: “Mis padres eran docentes, así que me había puesto como meta no serlo yo jamás, porque hay metas a la inversa. Metas que uno se promete no cumplir, como ser presidente, por ejemplo” (Vizcaíno 2019, 14). Esta promesa fallida lo había alcanzado, y terminó convertido en lo que más despreciaba: un docente. De repente, todas las decisiones tomadas para alejarse de sus raíces parecían en vano, forzándolo a volver sobre sus propios pasos. Encontrarse nuevamente con su madre y toda la familia era un golpe inesperado. Sabía que, tras este encuentro, nada sería igual.

Mientras volvía al hogar, la imagen de su padre flotaba en su mente. Había pasado toda su vida luchando por no ser como él, por no conformarse con una vida de reglas preestablecidas. Ahora sentía que esa lucha había sido en vano. ¿Cómo podía enfrentarse a la muerte de su padre, cuando ni siquiera había podido enfrentarlo en vida? Su regreso no solo era una despedida del hombre que nunca había comprendido, sino también una confrontación con su propio fracaso. Volver al hogar significaba volver a todo aquello de lo que siempre había huido. Mirando a su familia, Willy sintió el peso de la historia familiar que, por mucho que intentara, nunca podría cortar. No solo estaba de vuelta en el hogar, estaba también de vuelta en el papel que siempre había temido ocupar: el hijo que, a pesar de todo, siempre vuelve. Y ahora, con la muerte de su padre, el ciclo estaba completo. Ya no había más escapatoria.

Este regreso apresurado a Quito lo hace por avión. Antes de partir, se encuentra con los Burros Cansados, quienes, conociendo la noticia del fallecimiento de su padre, le preguntan a dónde va. Willy les da una respuesta evasiva diciendo que a su regreso retomará la venta del Cristo robado, pero ellos ya saben la verdad de su viaje. Sin decir mucho, le dan un abrazo, un gesto inesperado que le trae una breve paz. Por un momento, Willy se permite bajar la guardia, dejando que el consuelo de sus amigos alivie, aunque sea mínimamente, el peso de la pérdida. La inmediatez del viaje siempre complica la posibilidad de conseguir pasajes, pero el protagonista tuvo suerte: “Logré comprar un pasaje hasta Quito para el mismo día. Salía desde Manta en la tarde. La ventaja es que llegaría cuando el cadáver de mi padre hubiera pasado por toda la burocracia del deceso y la tristeza” (Vizcaíno 2019, 52). Aunque el viaje es rápido, la burocracia que trae consigo la muerte siempre es larga y, con ella, el dolor. Willy lo sabe: a medida que los trámites avanzan, el peso de la realidad se hace más insoportable.

Durante el vuelo, Willy no puede evitar preguntarse si estará listo para enfrentar a su familia, para ver a su padre una última vez y, sobre todo, para recordar los momentos de su infancia que ahora parecen tan distantes. Cada kilómetro que lo acerca a Quito también lo acerca a su propio duelo, que hasta ahora había tratado de evitar. Mientras piensa en los trámites que se completarán antes de su llegada, sabe que el verdadero peso no está en la burocracia, sino en la despedida que lo espera. Estará allí para darle el último adiós, pero, en el fondo, se pregunta si alguna vez estuvo realmente cerca de su padre.

2. El peso de la herencia: Willy y la sombra del pasado

Una vez terminado todo el ritual del último adiós, Willy regresa a la casa de su madre. Apenas ha tenido tiempo para asimilar la muerte de su padre cuando, de pronto, recibe una llamada: el Cristo robado ha sido vendido. El comprador pagó tres mil dólares. Willy se siente invadido por una extraña felicidad, una que reconoce con ironía. “Mi padre había muerto, yo me había tirado a mi prima y la vida era noble y buena con los malos” (Vizcaíno 2019, 70). La vida parece recompensarlo en el momento de mayor pérdida, como si el universo, en su crueldad, encontrara un equilibrio oscuro. Mientras reflexiona sobre la muerte de su padre, Willy no puede evitar sentirse aliviado por el dinero, pero al mismo tiempo, sabe que algo está roto dentro de él. No es que el dinero o el Cristo puedan borrar lo que acaba de perder. Los actos de su pasado, las decisiones que tomó y las consecuencias de ellas parecen haberlo alcanzado de una manera que no esperaba. La muerte de su padre es la factura que nunca vio venir, una deuda emocional que ahora tiene que pagar.

Con el dinero de la venta del Cristo en mente, Willy decide explorar la bodega de la casa. Entre los objetos cubiertos de polvo, algo lo sorprende: su vieja bicicleta. La limpia, la repara y, sin pensarlo dos veces, sale a pasear por las calles que alguna vez conoció tan bien. Mientras pedalea, se da cuenta de que su padre siempre había mantenido sus cosas intactas, como si esperara que algún día Willy regresara. Pero ahora, ese regreso se siente diferente. Su padre ya no está para verlo, y en ese momento, Willy comprende que es un huérfano, y que ha roto todo lazo con su niñez al morir su padre.

La bicicleta no es solo un hallazgo fortuito, sino un regreso a la infancia, a un tiempo más simple que Willy creía haber dejado atrás. Pero, al terminar la ruta, algo queda claro: ese no es su lugar. El pasado lo aprisiona y sabe que debe huir otra vez. “Tengo que irme. Irse también es una forma de resolver la muerte. En el fondo, quien muere huye” (Vizcaíno 2019, 74). Esta reflexión revela la dualidad de Willy: huir es un acto voluntario,

pero la muerte, salvo en el caso del suicidio, no lo es. Al mismo tiempo, Willy se da cuenta de la ironía: siempre ha sido él quien huye, pero esta vez, la muerte lo obliga a enfrentarse a lo inevitable.

Su madre, no lo deja irse tan fácilmente. En medio de una discusión, le pide que se quede un par de días más para completar el ritual funeral, que se extiende hasta tres días después del sepelio. Este rito, profundamente arraigado en las tradiciones familiares, representa una forma de cerrar el ciclo de duelo. Pero para Willy estas ceremonias solo son una cadena más que intenta imponerle el pasado del que huye. Con su espíritu rebelde, rechaza la petición de su madre. Cuando su madre cuestiona su forma de vida, insinuando que no tiene un trabajo estable, Willy responde con dureza, casi con desprecio: “Jugar billar es un trabajo, le dije, gano mucho dinero” (Vizcaíno 2019, 74). Este acto de desafío no solo refleja la distancia emocional que siempre ha existido entre ellos, sino también el rechazo profundo de Willy a cualquier forma de atadura, ya sea familiar, profesional o emocional. Su huida, una constante en su vida, es inevitable. Pero en esta confrontación, madre e hijo se distancian una vez más, como siempre lo han hecho, atrapados en un ciclo de incomprensión y rechazo.

La conversación culmina con una afirmación brutal de su independencia: “Mi padre está muerto y soy un hombre de más de treinta años que ya no quiere volver a casa de su madre” (Vizcaíno 2019, 74). Esta declaración, cargada de resentimiento y desdén, no es solo un grito de autonomía; es también la prueba de que Willy sigue siendo un prisionero de su pasado. Mientras cree estar afirmando su libertad, lo que realmente está haciendo es reafirmar su incapacidad para enfrentar el dolor y la responsabilidad que implica el duelo. Su constante necesidad de huir se convierte en un escudo, pero también en una prisión, ya que lo obliga a seguir escapando, sin poder reconciliarse con su identidad ni con su familia.

Finalmente, todo esto demuestra una suerte de crecimiento de Willy. Él mismo dice: “Envejecer es una manera horrible de perder la infancia. Solo se es feliz en la infancia; si esto no ocurre, el resto es desazón gratuita, el resto es una burbuja de aire envenenado, el resto es bilis derramada, amarga noche de insomnio donde se vive dos veces” (Vizcaíno, 2019). Con esta reflexión, Willy reconoce que está envejeciendo, lo cual se evidencia al final de la discusión con su madre. Es consciente de su edad y de que ya no quiere regresar a la casa de su madre, lo que pone de manifiesto la ruptura definitiva con sus raíces y su pasado familiar. Esta decisión no solo indica una separación física, sino también emocional, subrayando su rechazo a cualquier lazo que lo ate a su vida

anterior. Al mismo tiempo, esta acción revela su fragilidad interna, ya que se ve obligado a dejar de lado su deseo de ser odiado, una idea que había mantenido como una forma de rebeldía durante gran parte de su vida. Abandonar este deseo de odio refleja una transformación emocional profunda, sugiriendo que Willy está dejando atrás su antigua postura desafiante.

Este cambio marca un punto crucial en su evolución: de buscar activamente el odio como una forma de oposición a las normas, pasa a una necesidad de distanciarse de su pasado y de encontrar una nueva identidad, aunque esa búsqueda sea incierta. La transición de la rebeldía hacia la introspección y la aceptación de su fragilidad señala el fin de su etapa de confrontación y el inicio de una nueva fase en la que el conflicto ya no es con el mundo exterior, sino consigo mismo.

3. De Quito a la Calle Quito

El retorno a Manta o la huida inminente del hogar materno desata en Willy una sensación de alivio. No hay mejor sensación que llegar a casa: “llego a Crucita la Bella, a la calle Quito, a mi departamento. Me tumbo en el sofá. El sueño es poderoso y violento” (Vizcaíno 2019, 77). Vizcaíno, en su estilo característico, no deja pasar la oportunidad de inyectar ironía en la escena. Willy huye de Quito, solo para regresar a la calle Quito. Esta coincidencia nominal no es accidental; es una señal de que, por más que intente escapar de su hogar y de sus raíces, Willy siempre termina volviendo, física o simbólicamente, a aquello de lo que huye. Es decir, Vizcaíno al conectar la calle Quito con la ciudad de la que el protagonista huye subraya un tema central en la novela: la imposibilidad de escapar de lo que uno es. Entonces por más que intente ser un nómada y desvincularse de su familia y su pasado, siempre termina regresando, de una forma u otra, a ese lugar de origen que rechaza.

Mientras descansa, llegan los Burros cansados, acompañados de una mujer. Los tres están tan ebrios que no notan la presencia de Willy. La escena que sigue es un despliegue de brutalidad. En su embriaguez, los hombres intentan desnudar a la mujer, pero ella se resiste, alegando que no le pagaron. La respuesta de estos personajes es la violencia: la golpean y se disponen a violarla. Willy, testigo de la escena, no interviene directamente. En su lugar, se levanta y, como si quisiera cambiar de tema o distraer la atención de lo que sucede, les dice que el Cristo robado ha sido vendido por quinientos dólares. Además, les ofrece doscientos dólares por haberlo ayudado.

Este momento, cargado de cinismo, refleja la manera en que Willy lidia con el conflicto: no enfrentando la violencia ni defendiendo a la mujer, sino desviando la atención hacia el dinero. Es como si su respuesta al caos que lo rodea siempre fuera la indiferencia o el escapismo. El hecho de que no intervenga en un acto tan brutal como la violación resalta su desconexión emocional y su pasividad ante el sufrimiento ajeno. Mientras los Burros se emborrachan y ejercen su violencia, Willy parece, una vez más, estar al margen, sin comprometerse realmente con la realidad que lo rodea. Esto sugiere que Willy es incapaz de enfrentar tanto el sufrimiento de los demás como el suyo propio. Es un espectador pasivo en su propia vida, observando los eventos a su alrededor sin involucrarse ni tomar una postura clara.

Posterior a esto, Willy recibe la inesperada visita del Gordo Zambrano, que llega tambaleante, aún embriagado, confesando haber asesinado a su esposa con catorce puñaladas. Zambrano, con una mezcla de desesperación y confianza oscura, le dice que Willy es el único que puede ayudarlo, porque no lo conocen lo suficiente en el lugar. La revelación deja a Willy en shock, pero su respuesta no es de horror o reproche, sino de un silencio denso, casi inerte. Mientras trata de procesar lo sucedido, los Burros Cansados salen, a ver que los sucedía. Uno empuña un bate y el otro un arma de fuego, mostrando que, a pesar de su naturaleza brutal, están firmemente del lado de Willy. No permitirán que el Gordo se aproveche de su amigo. El protagonista no rechaza la petición de Zambrano; en su lugar, le da indicaciones precisas sobre cómo conservar el cuerpo hasta la noche, cuando podrán deshacerse de él.

Este acto de *ayuda* por parte de Willy refleja su profunda desconexión con cualquier sentido tradicional de justicia o ética. Es como si, para él, la vida, la muerte y el crimen fueran partes del mismo tejido inevitable que se despliega sin que él intente siquiera resistirse. Vizcaíno nos presenta a un personaje que, atrapado en su propio nomadismo y apatía, se involucra directamente en los actos más atroces. Willy no comete el crimen, pero su silencio y su disposición a ayudar lo convierten en un cómplice silencioso de la brutalidad que lo rodea. Por otro lado, la reacción de los Burros cansados nos sorprende. Hasta este punto, habían sido presentados como personajes violentos y sin moral, pero aquí muestran una lealtad inquebrantable hacia Willy, dispuestos a enfrentarse incluso al Gordo Zambrano para protegerlo. Esta lealtad tiene un tono oscuro: no surge de principios éticos o morales, sino de una camaradería formada en los márgenes de la ley, donde las relaciones se construyen sobre la base de la necesidad y el crimen compartido.

Finalmente, las indicaciones frías y prácticas de Willy sobre cómo conservar el cuerpo hasta la noche revelan una faceta pragmática y calculadora que, como decíamos, lo distancia emocionalmente de la realidad de la situación. Su habilidad para actuar en un momento tan crítico sin una pizca de duda o temor muestra que, aunque Willy parezca ser un nómada emocionalmente desarraigado, tiene un control casi instintivo sobre cómo manejar la violencia y el crimen. Su forma de resolver los problemas no es moral, sino funcional.

Ha llegado la noche, y con ella, la temida tarea de deshacerse del cadáver. El Gordo Zambrano había estado esperando a Willy y a los Burros cansados, los tres algo alcoholizados, pero no lo suficiente como para estar borrachos. Solo habían bebido lo necesario para dejar a un lado los miedos que implicaba desaparecer un cuerpo. El mar se perfila como el lugar ideal para llevar a cabo esta macabra tarea. Cuando llegan a la casa de Zambrano, la labor de cargar el cadáver recae sobre los Burros cansados, mientras Willy observa a distancia. Aún afectado por la muerte de su padre, se niega a participar directamente: “Después de la muerte de mi padre, no tengo ganas de contemplar más muertos por el resto de mi vida, pero me río de mi ingenuidad” (Vizcaíno 2019, 93). La visión de su padre en un ataúd había despertado en él una profunda repulsión hacia la muerte, una aversión que ahora intenta combatir con ironía. Pese a sus deseos de alejarse de la muerte, sigue atrapado en su proximidad.

Una vez cargado el cuerpo en la camioneta de Willy, el Gordo intenta subirse a la cabina, pero Willy lo rechaza con frialdad. No quiere tenerlo cerca, no soporta su presencia en ese momento. En cambio, deja que los Burros cansados se suban con él, los únicos a los que puede tolerar. Estos personajes, que en otro momento habían sido crueles y brutales, ahora son sus únicos aliados, representando una extraña forma de lealtad en medio del caos. Willy, por su parte, no parece capaz de alejarse de la violencia que lo rodea, aunque quisiera hacerlo.

El mar, vasto y oscuro, les espera como un lugar donde todo puede desaparecer. El mar, en su inmensidad, se convierte en un símbolo del olvido, un lugar donde la evidencia del crimen puede disolverse y desaparecer. Pero para Willy, el mar también refleja su propia lucha interna, su deseo de borrar de su vida las experiencias que lo han marcado, aunque sabe que eso es imposible. A medida que avanza la noche, los ecos de la muerte de su padre aún resuenan en su mente, y aunque intenta distanciarse de la situación, es consciente de que no puede huir completamente de la realidad que lo rodea.

4. El circuito de la violencia: Willy y el mundo criminal

Sin saber que sería su último viernes por la noche en Manabí, Willy se dispone a cumplir su promesa de darle una revancha a Sahid en el billar, pero antes de eso debe pasar por el joyero para cobrar el dinero de la venta del Cristo robado. El vendedor lo recibe con una sonrisa y le entrega el dinero: billetes de cien dólares, todos en perfecto estado. Willy acepta sin cuestionar, aunque sabe que esta transacción, como muchas otras en el país, está marcada por lo ilegal. “Este país es una gran lavandería y todos lo sabemos” (Vizcaíno 2019, 108), afirma con desdén. Es irónico que, aunque critica la corrupción y la ilegalidad, él mismo ha sido cómplice de crímenes y delitos que lo envuelven cada vez más profundamente en esa realidad que desprecia.

Con el dinero en mano, decide cambiar los billetes en una gasolinera antes de llenar el tanque de su Datsun y perderse en un recorrido por la ciudad. Después de vagar un rato, llega a un mirador frente al mar, donde reconoce las motos acuáticas del hombre que compró el Cristo robado. La noche cae y Willy se dirige al billar para enfrentar a Sahid. La partida es pareja: cada uno gana una mesa, hasta que la llegada de los Burros cansados interrumpe el juego. Ellos se despiden, anunciando que se van al norte, en busca de oro. Sin pensarlo dos veces, Willy decide unirse a ellos. Como tantas otras veces, el protagonista ve en este viaje una nueva oportunidad para huir. Sharon, con quien intercambia mensajes, también se une a la aventura: “¿Adónde te vas? Al Norte, escribo, a la Sierra. Nos vamos, nos vamos con los Burros en busca de oro” (Vizcaíno 2019, 108).

A la mañana siguiente, parten temprano. El viaje es largo, más de diez horas de carretera que los llevan hasta Ibarra. Allí hacen una parada en una tienda de la sierra, un lugar pequeño y tradicional donde deciden tomar una cerveza. Pero antes de dar el primer sorbo, la tierra tiembla, y la propietaria de la tienda grita que es un temblor. Willy revisa las noticias en su teléfono y se entera de que la ciudad de Manta, de donde había partido hacía pocas horas, ha sufrido un terremoto. Este evento inesperado y devastador, parece resonar con la vida de Willy: todo lo que toca parece tambalearse, desmoronarse o desaparecer. La tierra bajo sus pies es inestable, al igual que su propia vida, marcada por el caos y la incertidumbre. Mientras el mundo a su alrededor se sacude, Willy se da cuenta de que, por mucho que huya, siempre estará en medio de algún tipo de desastre, ya sea externo o interno.

El viaje hacia el norte con los Burros no es solo una huida física, sino también una metáfora de la constante búsqueda de Willy por escapar de su realidad. Cada trayecto que

emprende se convierte en un intento de evadir las consecuencias de sus acciones, de dejar atrás el caos que inevitablemente lo sigue. La promesa de oro en las montañas del norte es otro espejismo, un reflejo de sus deseos de una vida diferente, pero siempre bajo la sombra de su pasado. Sharon, que se une a la aventura, representa otro vínculo con un mundo del que intenta distanciarse, pero del que no puede desprenderse por completo. En este nuevo escape, la partida parece ser más un ciclo repetitivo que una verdadera oportunidad de cambio, una repetición de patrones que reflejan la incapacidad de Willy para romper con su entorno y con él mismo.

El terremoto en Manta sirve como un recordatorio brutal de la fragilidad de su existencia y de las ondas expansivas del desastre que empezó seguramente en Málaga. A pesar de estar a kilómetros de distancia, el temblor resuena en su vida como un eco de los desastres personales que lo persiguen. La inestabilidad geológica refleja la inestabilidad emocional y moral de Willy, cuyas decisiones siempre lo conducen al borde del colapso. Así como el sismo sacude los cimientos de las ciudades, sus acciones y elecciones sacuden los pilares de su vida. Mientras la tierra se sacude, Willy se da cuenta de que su huida nunca es definitiva; siempre hay algo que lo conecta de nuevo a la realidad que busca dejar atrás, una red invisible de compromisos, errores y pérdidas que lo mantienen en un estado perpetuo de movimiento telúrico, pero sin llegar nunca a un destino claro.

5. La transformación de Willy en un delincuente

Los puntos de inflexión son momentos clave que revelan el descenso de Willy en un viaje de degradación. Estas situaciones extremas no solo modifican el curso de su vida, sino que también desdibujan la frontera entre el Willy que rechaza sus raíces y el que, en cada acto, se conecta más profundamente con el lado oscuro de la realidad humana.

En *Complejo*, la violación que comete contra la chica danesa marca un punto de no retorno, no solo desde el aspecto físico y legal, sino también emocional. Este acto brutal no se presenta como un evento que lo llena de arrepentimiento, sino como un catalizador de su progresiva alienación. A partir de este momento, Willy abandona cualquier vestigio de culpa, lo que resalta su incapacidad para procesar sus acciones de manera ética. La violación no es solo un crimen, sino una declaración simbólica de su desconexión de los valores humanos básicos. Es aquí donde Vizcaíno revela un Willy que, al enfrentarse a lo peor de sí mismo, elige el camino de la evasión, tanto física como emocionalmente.

Por otro lado, en *Taco bajo*, el personaje experimenta dos puntos de inflexión profundamente distintos, pero igualmente determinantes para su trayectoria. La muerte del padre es el primero de ellos. Este evento no solo rompe los lazos que Willy tiene con su familia y con su origen, sino que también lo deja emocionalmente huérfano. La figura paterna, por más que haya representado un vínculo que Willy siempre rechazó, era un ancla que lo mantenía, al menos de manera simbólica, conectado con su pasado y con alguna forma de estructura familiar. Con su muerte, Willy queda desamparado en todos los sentidos, lo que intensifica su desarraigo y refuerza su carácter de nómada que huye de cualquier forma de estabilidad o pertenencia.

El segundo momento clave en *Taco bajo* es su complicidad en un doble asesinato, que lo arrastra aún más hacia el abismo de la ilegalidad. Si bien en *Complejo* Willy ya había comenzado a explorar el mundo del crimen con la violación, este acto de complicidad en un asesinato refuerza su caída irreversible. La violencia y la ilegalidad ya no son acciones aisladas en su vida, sino el nuevo estado permanente en el que opera. Este segundo punto de inflexión subraya el completo deterioro de Willy, quien ya no tiene ningún interés en redimirse o encontrar un camino de regreso. Su implicación en el asesinato no es solo una transgresión legal, sino una muestra de que la ética, para él, ha sido totalmente reemplazada por la necesidad de sobrevivir a través de la transgresión.

Ambos puntos de inflexión —la violación en *Complejo* y la muerte del padre junto a la complicidad del asesinato en *Taco bajo*— son determinantes en el trayecto de Willy. En lugar de la típica narrativa de crecimiento o redención que se encuentra en muchas novelas de formación, Vizcaíno nos presenta a un protagonista que va cayendo cada vez más profundo en su propia degradación. Sus acciones no son solo momentos de ruptura, sino que representan su descenso progresivo en un espacio en el que la ley, la ética y el afecto ya no tienen cabida. Lo que define a Willy en estas dos novelas es su capacidad para sumergirse en un mundo que él mismo crea, lleno de violencia, criminalidad y rechazo a cualquier forma de conexión emocional o social.

Con estos eventos, Vizcaíno nos presenta a un personaje que se aparta de la estructura tradicional de la novela de formación, en la cual el protagonista construye su identidad a través de los viajes y las experiencias, mejorando al final del recorrido. Por el contrario, en las novelas de Santiago Vizcaíno, Willy emprende un viaje de *deformación* o *degradación*, en el que sus acciones y decisiones lo hunden progresivamente en la corrupción moral y ética. Lejos de encontrar sentido en sus experiencias, Willy se pierde más en cada etapa, hasta convertirse en un personaje atrapado en un ciclo de huida y

autodestrucción. De este modo, Willy no sigue el tradicional camino de autodescubrimiento propio de las novelas de formación, en la que el protagonista “sufrir por el contraste existente entre la vida que había idealizado y la realidad que tendrá que tendrá que vivir” (López 2013, 63). En lugar de enfrentarse a una desilusión idealista, Willy nunca idealiza la vida; su trayecto está marcado por una profunda degradación y una constante negación de cualquier forma de redención o crecimiento. Así, su viaje no lo lleva a una comprensión de sí mismo, sino a una creciente autodestrucción, donde la búsqueda de sentido queda eclipsada por la evasión y el deterioro moral.

Es alrededor de estos eventos que gira la narrativa de Santiago Vizcaíno. Para profundizar en estos aspectos, es esencial reconocer la ambigüedad del relato, la fragmentación y la figura del narrador poco fiable. En este caso, el propio protagonista, al ser el narrador, presenta su historia de diferentes maneras, lo que genera dudas sobre la veracidad de lo que cuenta. Un claro ejemplo de esta técnica es el ya mencionado viaje de Málaga a Toulouse. Para mostrar esto el autor coloca al personaje en un estado extremo de borrachera desde la cual reconstruirá sus recuerdos y narra lo sucedido. Si bien el narrador afirma que solo recuerda fragmentos del trayecto, incluyendo un paseo en bicicleta bajo la lluvia, surgen ciertas incongruencias que cuestionan la coherencia del relato, como había anotado al inicio de la reflexión.

El primer detalle que llama la atención es la considerable distancia que separa estas dos ciudades, además del hecho de que pertenecen a países distintos, lo que implica cruzar una frontera. Este dato geográfico introduce una interrogante clave: ¿cómo es posible que, en su estado de embriaguez, Willy haya logrado realizar semejante viaje? Este tipo de imprecisiones no solo subrayan la falta de fiabilidad del narrador, sino que también refuerzan la sensación de caos y desorientación que experimenta el protagonista. De este modo, el lector queda atrapado en una trama donde los hechos objetivos se mezclan con la subjetividad y la confusión mental del personaje.

A partir de esto, el viaje de Málaga a Toulouse no es solo un trayecto físico, sino también una huida emocional que adquiere una importancia simbólica dentro de la narrativa de Vizcaíno. En cada viaje que realiza Willy por Europa, su búsqueda de compañía, placer y conexión con la identidad ecuatoriana revelan la ambigüedad de su carácter. Aunque rechaza abiertamente a Ecuador, no puede evitar sentirse atraído por sus raíces, lo que lo coloca en una constante contradicción. Este rechazo a su origen se hace más evidente cuando es deportado y, aun teniendo la oportunidad de regresar a casa de sus padres, elige no hacerlo, en un acto de rebeldía hacia todo lo que representa ese lugar.

Esta dicotomía entre el apego y el rechazo a sus raíces es clave para entender la deformación emocional y ética de Willy, lo que sugiere que, en su caso, el viaje no es un proceso de autodescubrimiento, sino de *de-formación* y degradación progresiva. Exploraremos cómo estos elementos se entrelazan con su identidad en las siguientes secciones.

Entonces la fragmentación en la narración parece reflejar el estado mental de Willy, quien se enfrenta no solo a la desconexión con su entorno, sino también con su propio sentido de identidad. A medida que los relatos se vuelven más difusos, la realidad de Willy parece desmoronarse junto con su narrativa. Esta ambigüedad narrativa no solo revela la confusión interna del protagonista, sino que también obliga al lector a cuestionar continuamente la veracidad de los eventos, lo que añade una capa de complejidad y profundidad a la obra, pues plantean una relación intensa entre narración e identidad.

Estos viajes en Europa, que se describen de manera fragmentada y borrosa, no solo son una escapatoria física, sino también una metáfora de la huida emocional de Willy, quien constantemente evade confrontar su propia ética y sentido de pertenencia. Es decir, a partir de estos viajes se aísla también de su mundo. Y en medio de esta experiencia se construye como sujeto y es esta construcción la que lo lleva a ingresar en el mundo criminal. En su retorno a Ecuador sus desplazamientos ya no presentan esta fragmentación. Pese a seguir este camino de deformación Willy es un ser más consciente. Más adelante se presentará a detalle un fragmento de *Taco bajo* donde se observa un pequeño destello de búsqueda de redención y renuncia de su lado rebelde.

6. Los viajes de Willy como alegoría de su caída

El viaje en las novelas de Santiago Vizcaíno no solo representa un desplazamiento físico, sino también un viaje emocional y moral para el protagonista Willy. A lo largo de sus travesías, el personaje sufre una degradación progresiva que lo lleva a enfrentarse con las consecuencias de sus actos. Por otro lado, los viajes de Willy pueden leerse desde una perspectiva simbólica. No son solo desplazamientos físicos, sino que marcan el deterioro del personaje, que poco a poco se ve envuelto en un mundo de ilegalidad. Si bien ya se ha mencionado que las novelas de Vizcaíno presentan a un protagonista que no se forma, sino que se deforma, el trayecto que recorre está cargado de significados. La primera novela lo sitúa en Europa, un espacio en el que se mantiene en constante desplazamiento. Este ir y venir no solo refleja la negación de sus raíces, sino también la búsqueda de conexiones con su identidad.

Así, este viaje en busca de pertenencia solo lo lleva a un mundo de ilegalidad. Su constante deseo erótico y su naturaleza obsesiva terminan por convertirlo en un criminal. Aunque en *Complejo* no enfrenta consecuencias directas por sus acciones más allá de su propia autodestrucción, en *Taco bajo*, Willy regresa a Ecuador como deportado. Aquí es evidente que las repercusiones de sus actos lo alcanzan, aunque no hace mención alguna de su pasado en Málaga. Este silencio sugiere que Willy no quiere recordar esa parte de su vida.

También, es importante recordar el recorrido que Willy realiza para regresar a Ecuador. Primero viaja desde Sudamérica a Europa, estableciéndose en España, y particularmente en Málaga. Finalmente, la novela menciona un posible viaje a Dinamarca, cerrando su travesía de manera circular con su eventual retorno a su país de origen. Dentro de Ecuador, sus desplazamientos son hacia la capital, ubicada al norte de su lugar de retorno, y posteriormente inicia una nueva aventura hacia Ibarra. Estos movimientos al norte son recurrentes y parecen tener un significado simbólico que se refleja en la narrativa puesto esta ir en esta dirección siempre está relacionado con el éxito.

En *Taco bajo*, el regreso forzado por la muerte de su padre marca un punto decisivo en la vida de Willy. Aunque sigue siendo un escapista que rechaza tanto a su país como a su familia. De igual manera el viaje a la mina, que será tratado a detalle más adelante, tiene un simbolismo importante dentro de los desplazamientos de Willy. Además, el nombre de la mina es bastante sugerente dentro de este análisis: “se llama Buenos Aires. Buen nombre para una mina. Buenos aires son los que nos hacen falta, buenos aires para emprender la huida, buenos aires para jugar, buenos aires para ganar, buenos aires para salir impune. Si el oro era nuestro destino, quiénes éramos nosotros para negarnos a él” (Vizcaíno 2019, 107). Esto a su vez simboliza la esperanza de Willy de escapar una vez más, de salir impune de sus crímenes y dejar que el destino decida su futuro.

El viaje a la mina de oro, por ejemplo, simboliza no solo la búsqueda de riquezas materiales, sino también un último intento de escapar de las consecuencias de sus actos. Este patrón de moverse hacia el norte sugiere un anhelo de redención o un nuevo comienzo que, sin embargo, parece estar condenado al fracaso desde el principio, dado el deterioro ético y emocional que arrastra el protagonista en cada desplazamiento. En otras palabras, los viajes de Willy hacia el norte, tanto dentro de Europa como en su regreso a Ecuador, simbolizan una búsqueda de éxito o redención que nunca llega a concretarse. Al

final, estos desplazamientos no solo marcan su geografía física, sino también el descenso emocional y ético del protagonista que más adelante se mostrará que de alguna forma quiere dejar eso atrás y buscar redención al aceptar que ya no quiere ser odiado como muestra de rebeldía.

Finalmente, el nombre Willy, como el mismo narrador sugiere es una marca de un todo terreno. De esta forma hace alusión a este transporte que puede caminar y recorrer todo tipo de territorio como el propio personaje. Es decir, Willy al igual que su homónimo no se queda estático en un lugar, sino más bien tiende a siempre estar viajando, desplazándose sin importar los obstáculos físicos o simbólicos. Así una vez más estas características que presenta Santiago no solo son hechas al azar.

7. De la destrucción a la redención: El viaje interior de Willy

En las novelas de Vizcaíno, el narrador es un viajero, un todoterreno, como el mismo protagonista reconoce al relacionar su nombre con el modelo de automóvil Willys. Aunque ya hemos abordado el simbolismo de la obra, es necesario retomar este detalle para analizar el ciclo constante de huida y destrucción que caracteriza al protagonista. Al igual que el automóvil Willys, el protagonista se mueve por toda clase de lugares sin importar las condiciones. Estos desplazamientos lo han empujado a múltiples espacios de clandestinidad, creando un ciclo perpetuo de huida y destrucción.

En este punto resulta interesante generar un nuevo contraste entre el Willy de *Complejo* y el de *Taco bajo*. Si bien en la primera novela vemos su descenso hacia el mundo de lo ilegal a través de cada una de las acciones que narra, en *Taco bajo* sigue cayendo en picada hasta que la noticia de los Burros altera esa dirección. Willy se une a ellos en esta nueva travesía y le dice a Sharon que lo acompañe. Ella acepta, pero le advierte que, si la deja plantada, lo odiará toda la vida. Ante esto, el narrador reflexiona “Ya no quiero ser odiado. Toda la vida he luchado por ser odiado. Que me odien era una especie de triunfo. Detesto a la gente que busca el agrado del otro. Yo buscaba el odio como forma de desobediencia. Yo buscaba el odio porque había odiado mi infancia. Me ha costado dejar atrás la infancia”. (Vizcaíno 2019, 109) Este pasaje destaca el cambio en la personalidad de Willy y subraya el contraste entre ambas novelas. En *Complejo*, su rebeldía lo lleva a un conflicto constante con sus raíces como ecuatoriano y latinoamericano. Al afirmar que siempre quiso ser odiado, resume todo su pasado, incluida su resistencia a seguir la misma profesión que sus padres. En *Taco bajo*, esta

rebeldía, que antes era un símbolo de desobediencia, empieza a transformarse, mostrando un deseo de reconciliación con aquello que antes rechazaba.

Este constante ciclo de destrucción no solo lo afecta a él mismo, sino que arrastra consigo a todos aquellos que se relacionan con él, transformando su entorno en un espacio de sufrimiento y desolación, como si fuera pasado un vehículo todo terreno. Las acciones destructivas de Willy, que van desde la traición hasta la violencia, evidencian una incapacidad para conectar emocionalmente con los demás, una suerte de insensibilidad que lo consume desde dentro. Su comportamiento autodestructivo lo coloca en situaciones límite, donde el daño no se limita solo a su propia persona, sino que afecta profundamente a quienes lo rodean, llevándolos a experimentar el mismo caos y deterioro que él enfrenta. La violencia sexual, uno de los actos más oscuros de su vida, es un reflejo directo de esa destrucción interna proyectada hacia el exterior.

El pasaje en el que su víctima lo enfrenta y lo acusa de ser un “bastardo machista enfermo de sexo” expone con crudeza la toxicidad de Willy, pero también revela su indiferencia ante la gravedad de sus actos. Su respuesta, un simple “Sí”, no solo es escalofriante por la frialdad con la que acepta su propia conducta, sino también porque muestra su autoconciencia: sabe que está en un proceso de destrucción irreversible y lo acepta sin remordimientos ni intenciones de redención. La falta de arrepentimiento en ese momento subraya lo profundamente enraizada que está su degradación moral. Este reconocimiento, en lugar de ser un punto de inflexión, lo hunde aún más en su espiral de caos, confirmando que Willy ha cruzado un umbral donde el dolor y el daño se han convertido en parte integral de su identidad. Cada acto de violencia no solo destruye a quienes lo rodean, sino que también lo despoja poco a poco de cualquier atisbo de humanidad, revelando una personalidad cada vez más quebrada y alienada de sí misma.

Cada uno de estos ciclos en la vida de Willy termina siempre de la misma manera: con una huida. Sus despedidas son definitivas, sin espacio para reencuentros, como si cada salida fuera una forma de cortar definitivamente los lazos que lo atan a su presente. Así, el círculo se repite, incesante, hasta que se encuentra con otra situación que lo empuja a destruirlo todo nuevamente. Willy parece atrapado en un ciclo de autodestrucción que, en lugar de llevarlo hacia un cambio significativo, lo devuelve una y otra vez al mismo punto de partida. Pese a todo, en su último viaje hacia el norte, hay un indicio de que algo diferente podría estar sucediendo. Esta última huida no es como las anteriores. En esta ocasión, Willy parece buscar una forma de redención.

Por primera vez, Willy reconoce abiertamente que ya no quiere ser odiado, una actitud que durante toda su vida había abrazado como una especie de escudo. El deseo de ser rechazado por los demás fue siempre una manifestación de su rebeldía y su negación de las normas impuestas por la sociedad. Entonces, este viaje al norte, a la mina de Buenos Aires, parece representar una ruptura con ese ciclo autodestructivo. El nombre del lugar al que se dirige no es casual. “Buenos Aires” simboliza una nueva esperanza, un soplo de aire fresco que, en teoría, podría traer consigo un cambio positivo, no solo para Willy, sino para todos aquellos que lo acompañan en su camino. En esta búsqueda, parece que Willy finalmente anhela algo más que la huida; ahora busca un propósito que le permita romper con el ciclo de odio y destrucción que ha marcado su vida. Esta mina, con su nombre prometedor, se convierte en una metáfora de lo que Willy ansía encontrar: una oportunidad para reinventarse, para dejar atrás su actitud de siempre rebelarse y, por primera vez, intentar construir algo diferente.

Arriesgando un poco más, es preciso señalar que este último viaje en busca de la mina “Buenos Aires” representa no solo una nueva etapa en la vida de Willy, sino también el momento decisivo en el que su destino parece sellado. En este tramo final de la novela, la llegada de los personajes a Ibarra, la Ciudad del Dorado, no es casual. Esta ciudad del norte, con su resonancia mítica de la búsqueda de riquezas, se convierte en un símbolo de las ilusiones que Willy ha perseguido a lo largo de toda su vida: una promesa de cambio, de encontrar algo mejor. Lo que realmente ocurre no es tanto una transformación externa, sino una suerte de confrontación con su propia suerte. El viaje con los Burros Cansados, quienes llegaron solo para despedirse, se convierte en una metáfora de las decisiones impulsivas que ha tomado a lo largo de su vida. La decisión de acompañarlos refleja el patrón de huida constante que caracteriza al protagonista, quien, a pesar de todas las señales de advertencia, sigue adelante, sin cuestionarse demasiado las consecuencias.

El terremoto de 2016 en Manta, mencionado al final de la novela, introduce un elemento de fatalismo que subraya la precariedad de la vida de Willy. La devastación de Crucita, la ciudad donde alguna vez estuvo, podría haber significado su fin. Ahora bien, su decisión de partir con los Burros lo salva de ese desastre, dejando entrever que, a pesar de su ciclo de autodestrucción, hay una especie de suerte que lo sigue protegiendo. Este evento, aunque fortuito, parece sugerir que Willy está destinado a seguir huyendo, pero que, en esta última huida, tal vez pueda finalmente encontrar el lugar de pertenencia que siempre ha negado o no ha sabido encontrar. Ibarra, en su doble condición de ciudad real y simbólica, podría ser ese destino, no tanto por lo que ofrece en términos materiales, sino

por lo que representa: un punto de llegada para alguien que ha pasado su vida escapando. La salvación de Willy en ese momento crucial quizás sea un indicio de que, aunque ha vivido al margen de la norma y se ha negado a aceptar sus raíces, finalmente podría estar acercándose a un lugar, físico o emocional, donde su búsqueda incesante de identidad y pertenencia pueda cesar.

Conclusiones

A lo largo de este análisis, hemos explorado cómo las novelas *Complejo* (2017) y *Taco bajo* (2019) de Santiago Vizcaíno representan el viaje no como un proceso de formación y autodescubrimiento, sino como una experiencia de deformación y degradación. A través de las acciones y decisiones del protagonista, Willy, el autor expone una trayectoria marcada por la violencia, la ilegalidad y el rechazo constante de las raíces. En ambas obras, Vizcaíno deconstruye la narrativa tradicional del viaje del héroe o la novela de formación, presentando en su lugar una figura cuya identidad se fragmenta cada vez más conforme avanza en sus experiencias. Si bien la definición de *Bildungsroman* dice que: “es la crónica de un viaje individual a la madurez, entendida como la toma de conciencia progresiva sobre el papel que el individuo debe desempeñar en la sociedad” (Bellver 2006, 103), el protagonista rompe este clásico desarrollo para terminar en un viaje de deformación o degradación.

Es evidente que Vizcaíno busca presentar un viaje que va más allá del simple desplazamiento geográfico. A través de los viajes de Willy, el autor examina temas como la migración, el desarraigo y la búsqueda de identidad. Pero, a diferencia de muchas novelas de formación, el protagonista aquí no emerge fortalecido por sus experiencias, sino que se ve progresivamente deshumanizado. Sus encuentros con otros personajes migrantes, como Celia o Nadia, solo subrayan su incapacidad para conectarse con otros seres humanos. En lugar de aprender de sus interacciones, Willy observa a los demás desde una distancia emocional, casi con indiferencia. Los ve como símbolos de lo que él teme convertirse: personas cuya identidad ha sido erosionada por el constante movimiento y el desarraigo.

Es crucial destacar que la obra de Vizcaíno también utiliza la fragmentación y la ambigüedad para reflejar el estado mental del protagonista. El viaje de Willy de Málaga a Toulouse, por ejemplo, está narrado de forma fragmentada, como un recuerdo borroso provocado por la embriaguez. Esta forma de narración refleja tanto la naturaleza caótica de los pensamientos de Willy como su incapacidad para enfrentarse a la realidad de su vida. El constante movimiento, tanto físico como emocional, solo agrava su sensación de desorientación y alienación.

Asimismo, el simbolismo de los viajes es otro aspecto central que destaca la degradación de Willy. A lo largo de *Complejo* y *Taco bajo*, los desplazamientos del

protagonista no son solo geográficos, sino que marcan hitos en su caída ética. Cada nuevo viaje parece alejarlo más de cualquier sentido de identidad o de pertenencia, hundiéndolo cada vez más en un mundo de ilegalidad y obsesiones eróticas. La mina “Buenos Aires”, mencionada en *Taco bajo*, es un claro ejemplo de esto. Aunque su nombre evoca esperanza, el viaje hacia ella simboliza la búsqueda desesperada de Willy por escapar de las consecuencias de sus acciones. Sin embargo, esta búsqueda es en vano, pues la huida constante solo refuerza su condena.

Este hecho es crucial porque la búsqueda de dinero en el caso de Willy no se reduce simplemente a un objetivo económico, sino que lleva consigo implicaciones más profundas relacionadas con la corrupción y el deterioro personal. Siguiendo el análisis que Ricardo Piglia hace sobre la obra de Roberto Arlt, podemos entender mejor esta conexión: “Arlt no asocia –como podría pensarse– el poder del dinero con la verdad, sino con la mentira, el crimen y la falsificación” (Piglia 2000, 808). En este sentido, el protagonista de Vizcaíno, al haberse sumergido en el mundo del crimen, refleja esta perspectiva, en la que el dinero deja de ser un simple medio de subsistencia para convertirse en un símbolo de falsedad y corrupción. En este sentido, el dinero en la vida de Willy está cargado de un significado más oscuro: representa su entrada en la ilegalidad. A medida que persigue sus objetivos ilícitos, el dinero se convierte en el eje que sostiene su vida nómada y criminal, pero al mismo tiempo es lo que lo hunde más en un ciclo de autodestrucción.

El viaje de Willy hacia la mina no es solo una nueva escapatoria, sino que implica la aceptación de su naturaleza criminal, su rendición a un ciclo de mentira y violencia. El personaje no busca redimirse ni romper con su pasado de actos ilícitos; más bien, se adentra aún más en ese mundo de falsedad, donde las reglas morales están completamente subvertidas. La mina, como destino simbólico, representa un descenso más profundo en este abismo de degradación personal, en el que el dinero no tiene un valor redentor, sino que es una herramienta que lo hunde más en el crimen.

En conclusión, *Complejo* y *Taco bajo* presentan un personaje cuya vida está marcada por el rechazo constante de sus raíces, la ilegalidad y la violencia. A través de los viajes y las acciones de Willy, Vizcaíno construye una narrativa que desafía las convenciones de la novela de formación. En lugar de mostrar un proceso de autodescubrimiento o crecimiento, el autor presenta un proceso de degradación y destrucción personal. Willy no emerge como un héroe, ni siquiera como un antihéroe, sino como un hombre condenado por sus propios actos, incapaz de escapar de las

consecuencias de sus decisiones. Con todo esto se alcanzó el objetivo principal que consistió en analizar cómo los viajes de Willy, presentados en las novelas cuestionan y reconfiguran su identidad, convirtiéndolo en un nómada, cuyas constantes travesías influyen significativamente en su percepción del mundo. De esta manera, se respondió la pregunta planteada al inicio de esta investigación que consistió en analizar las transformaciones de Willy y explorar la estructura de cada viaje: el punto de partida, los desafíos que enfrenta, las transformaciones que experimenta y el punto de llegada; y comparar los diferentes viajes: las similitudes, diferencias entre ellos, y cómo estas contribuyen a la *evolución* del personaje protagonista.

Arriesgando un poco más, *Complejo y Taco bajo* de Santiago Vizcaíno pueden también analizarse desde una perspectiva latinoamericanista, en la que se pone en foco la experiencia contemporánea de los migrantes latinoamericanos en el extranjero. Willy, a través de sus viajes y estancias en Europa, refleja una realidad compartida por muchos migrantes latinoamericanos que se desplazan a otros continentes en busca de oportunidades académicas o profesionales. A lo largo de ambas novelas, Vizcaíno no solo presenta a un personaje en una espiral de degradación, sino que también ofrece una representación de cómo los desplazamientos físicos y emocionales de Willy evocan las tensiones propias de la diáspora contemporánea. Este enfoque, sin duda, puede servir como base para futuros análisis que exploren más a fondo el impacto de la migración en la identidad latinoamericana pensada desde la literatura.

En este sentido, la obra de Vizcaíno plantea preguntas fundamentales sobre el lugar del latinoamericano en el mundo globalizado. A través de la figura de Willy, se puede analizar cómo los procesos migratorios contemporáneos —particularmente a las oportunidades académicas en el extranjero— no siempre traen consigo la promesa de una identidad consolidada. Por el contrario, estos viajes pueden desencadenar procesos de fragmentación y pérdida, tanto en términos personales como culturales. Este ángulo, en el que la migración se presenta no como una solución sino como una crisis de identidad, abre la puerta a futuras interpretaciones críticas y comparativas en el estudio de la literatura latinoamericana contemporánea.

Obras citadas

- Bataille, Georges. 1997. "El erotismo en la experiencia interior". En *El Erotismo*, traducido por Antoni Vicens, 33-44. Barcelona: Tusquets Editores, S.A.
- Bellver, Pilar. 2006. "Nilda de Nicholas Mohr. El Bildungsroman y la aparición de un espacio puertorriqueño en la literatura de los EEUU". *ATLANTIS* 28 (1): 101-13. doi: <http://www.jstor.org/stable/41055232>.
- Comellas, Mercedes. 2014. "Viajes y aprendizaje: Del gran tour dieciochesco al viaje romántico". En *Imagen del mundo*, editado por Eloy Navarro Domínguez, 67-127. Huelva: Universidad de Huelva.
- Fanon, Frantz. 2009. *Piel negra, mascararas blancas*. Traducido por Iría Álvarez Moreno, Paloma Monleón Alonso y Ana Useros Martín. Madrid: Ediciones Akal.
- Gutmann, M. 1998. "Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad". *Revista de Estudios de Género. La ventana*, (8): 47-99. doi: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88411133004>.
- Maffesoli, Michel. 1997. *El nomadismo: vagabundeos iniciáticos*. Traducido por Daniel Gutiérrez, 2005. México: Fondo de Cultura Económica.
- López, Manuel. 2013. "Bildungsroman. Historias para crecer". *Tejuelo: Didáctica de la lengua y la literatura* (18): 62-75. doi: <https://tejuelo.unex.es/tejuelo/article/view/2554>.
- Onfray, Michel. [2007] 2005. *Teoría del viaje*. Traducido por Juan Ramón Azoala. Barcelona: Penguin Random House.
- Piglia, Ricardo. 2000. "Roberto Arlt: La ficción del dinero". En *Los siete locos: Los lanzallamas*, coordinador por Mario Goloboff, 806-9. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2007. "El arte de narrar". *Universum: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* 1 (22): 343-8. doi: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027763021>.
- Segato, Rita. 2018. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Vizcaíno, Santiago. 2019. *Taco bajo*. Quito: La Caída.
- . 2017. *Complejo*. Cuenca: La Caída.